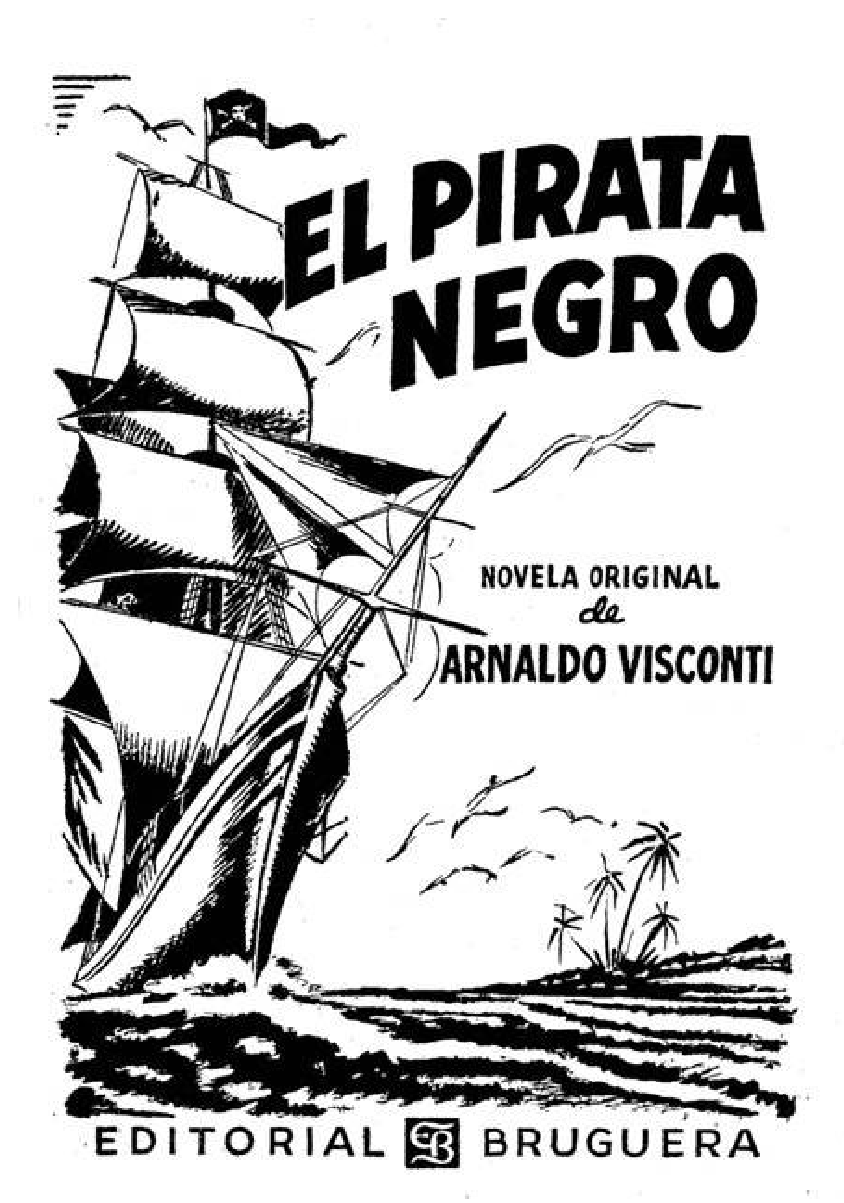

EL PIRATA NEGRO
CONTIENE UN EPISODIO COMPLETO
3 PTAS
UN VIOLIN EN LA TORMENTA



EDITORIAL BRUGUERA

ARNALDO VISCONTI

Un violín en la tormenta

Colección El Pirata Negro n.° 54

Impreso en GRAFICAS BRUGUERA
BARCELONA
1948


Un VIOLIN en la TORMENTA

PRIMERA PARTE

EL ISLOTE PARADISIACO

CAPÍTULO PRIMERO

Febrerillo del año de gracia de 1721

En una bahía protegida de la costa sudoeste del islote de las Palmeras, un velero de recia estampa, ancha carena y cortos palos, presentaba en su cubierta un hormigueo de apretujada humanidad negra.

Iban saliendo de la cala; y todos al pisar la madera al aire libre pestañeaban como cegados al recibir contra las pupilas los reflejos dorados del esplendoroso sol por aquel mediodía de un tropical febrero.

A cada lado de la escotilla de salida, y montados encima de la concha, había varios blancos, con los músculos tensos y preparado el látigo.

Vestían todos un uniforme compuesto de camiseta blanca a rayas rojas y un largo pantalón azul bombacho. Cubrían sus cabezas con un amplio sombrero de paja del que pendía una cinta con la palabra: “Walhalla”

Era la misma palabra la que en letras negras, resaltaba bajo el mascaron de proa simulando un guerrero con escudo y lanza, cuyo busto se truncaba para dejar pasó a dos patas de caballo.

En el puente de mando, dos individuos presenciaban la operación por la cual después del largo viaje desde la costa del Dahomey, los esclavos destinados a la venta en la isla antillana de Guadalupe eran aireados en la cubierta, donde por espacio de varios días de escala, recuperarían la elasticidad de sus miembros hasta entonces encadenados.

Uno de los dos sujetaos vestía fastuosas ropas blancas. Todo era blanca seda, desde sus zapatos de alto tacón, sus medias, la gorguera de albos encajes, y la amplia casaca.

Era inmensamente gordo. Su ancha cara aniñada, y los azules

ojos tenían infantiles reflejos, y sonrosados matices. La amplia frente de intelectual contrastaba con los gruesos labios sensuales y la corta barbilla rasurada y enérgica.

Sus cabellos lacios se alborotaban lacios, pero peinados en ondas altas y en la parte izquierda de su casaca lucía distintas placas de oro y plata, algunas de ellas incrustadas en piedras de oropel.

Sobre su hombro izquierdo, un loro de vistoso plumaje, se afilaba el corto pico, mordiéndose la garra.

De vez en cuando emitía un ronco grito en gutural e imperfecto idioma, castellano:

—¡Escorbuto no quiero! ¡Escorbuto no quiero!

El grueso personaje vestido de blanco miró cariñosamente al animal, cuando por enésima vez repetía el grito:

—Blanquear el lote, blanquear el lote—dijo varias veces acercando sus gruesos labios a la redonda cabecita del pajarraco.

Y el loro, poco después, repetía con delectación la frase, como si saboreara un delicioso manjar.

El otro individuo contemplaba con atención la cubierta y cuantos movimientos en ella tenían lugar.

Era alto, delgado y de complexión tan débil que parecía enfermo. Todo en él era vago, y extraño, desde sus ojos hundidos y amarillentos, y la azul palidez de sus afeitadas mejillas, los labios obscuros y los dientes ennegrecidos, hasta la gran capa peluda bajo la cual tiritaba pese al calor.

Su ancha faja era de deslustrado terciopelo mustio.

Su aspecto producía instintivamente temor y repugnancia como un pálido fantasma que se apareciera en un cementerio o el cuerpo de un asesino ahorcado que arrancado de un depósito hubiese vuelto a la vida de nuevo, para hechizar una cubierta de bajel.

Tenía un aire arrogante y una expresión repulsiva de total desprecio. En las comisuras de sus descoloridos labios había saliva y sus párpados sin pestañas temblaban espasmódicamente.

En la faja de terciopelo llevaba dos cuchillos de un tamaño enorme en funda de cuero. Cubría sus ralos cabellos con un puntiagudo gorro peludo y bajo la larga capa veíase que el resto su indumentaria era la misma que la de los demás tripulantes: camiseta a rayas rojas, y pantalón azul acampanado.

Este hombre pálido y espectral, tanto más disminuido pese a su

altura, por la exuberante vitalidad del enorme sujeto vestido de blanco, era sin embargo el más temido de los dos.

Sus tripulantes le apodaban en cuchicheos temerosos: “el hombre pálido”, aunque su apellido fuera Roëngratz.

Decían los marinos negreros del “WalhalIa”, que Herr Roëngratz sufría una consunción de huesos contra cuyos estragos sólo podía luchar el cirujano Strokwer.

Y por eso el hombre vestido de blanco era después del hombre pálido, la primera autoridad de a bordo.

Desde el puente, fué contemplando Roëngratz cómo su» marinos, aguerridos y disciplinados, iban enmarcando con sus látigos el rebaño negro.

Habló con voz cortés, desdeñosa y de metálico timbre:

—¿Cuántos día, Strokwer?

—Bastarán cuatro, jefe—dijo el cirujano de voz pastosa, amable. —No ha habido enfermedad ni adorno de escorbuto. Sin embargo, después de airearse estarán lustrosos y ágiles. Pero como recomienda “Knabbe”—y miró con afecto al loro colgado de su hombro y balanceándose grotescamente en alternativa postura sobre cada una de sus garras—bueno será el blanquear la carga.

—¡Contramaestre!—llamó el capitán.

Bajo el puente, un robusto sujeto se inmovilizó en atenta postura, de rígida marcialidad temerosa.

—Pólvora y limón—dijo el cirujano mirando al contramaestre y san ojos anules lucían ahora fríamente. —Y pimienta en las encías.

Corrió el contramaestre gritando órdenes guturalmente. Los tripulantes del “Walhalla” estaban distribuidos en forma extraña.

Todos en cubierta, pero escalonados, los cuarenta y cinco marinos uniformados repartíanse en bélica distribución.

En lo alto de las vergas, había sentados a horcajadas una decena, apuntando sus largos mosquetones hacia la masa negra.

En las escotillas del entrepuente, otros diez de proa a popa, apuntaban cañones hacia los negros capturados en la selva, y que pronto iban a ser vendidos como esclavos.

Y de babor a estribor formando un círculo, el resto distribuíase en látigos, vigilantes y prestos a azotar al menor gesto.

Imposible era que a bordo del “Walhalla” hubiese un motín. Los negros impresionados por el despliegue disciplinado de marinos

robustos y vigilantes, obedecían dócilmente a los empujones que con el mango de los rebenques los marinos más próximos les propinaban para que andasen sin salir del ancho círculo que en el suelo formaba una barrera entre la lisa cubierta y las bordas.

Era la treta imaginada por el propio cirujano: “los hierepiés”. Clavos con la aguda y larga punta hacia arriba diseminados en compacta alfombra de varios metros, imposible de saltar y de cruzar por los desnudos pies de los negros que pretendieran huir saltando al mar, en busca de la muerte entre las fauces de los tiburones.

Organizadamente procedióse a la operación de “blanquear”. Con brutalidad, pero sin real maldad, los marinos iban frotando los miembros de los negros con un líquido formado por una mezcla de pólvora con jugo de limón.

La piel de los negros iba adquiriendo un lustre de buen ver. A la vez el equipo encargado de “pulimentarlos”, para que a su llegada al sitio de venta tuvieran buen aspecto, introducíanles un dedo bajo los labios y frutaba sus encías descoloridas con pimienta, para darles un color sanguíneo y avivado.

Desde el puente, Strokwer iba vigilando la operación.

—Estarán de muy buena presencia —comentó apaciblemente. —Ha sido un lote bien adquirido, jefe.

—Gracias a vos, Strokwer—dijo en réplica el capitán alemán con entonación metálica y desdeñosa. —Siete viajes hemos efectuado, y éste ha sido el más tranquilo.

—Paradisíaco es esté islote, jefe, ¿Qué nombre recibe en vuestras cartas de mar?

—Islote de las Palmeras—replicó Roëngratz en español. —Nadie hace escala en ella, porque no muy lejos hállase tierra española. Y abunda en agua fresca, fruta y carne de caza, la cercana costa.

—¿Y este islote, no?

—Suponen que en su interior hay caza, manantiales y fruta. Pero como os dije, nadie se toma la molestia de comprobarlo, estando como está la habitada costa más cercana en la singladura de las Antillas.

—Tuve mi perplejidad, jefe, cuando comprobé que os desviabais de la ruta natural que en los otros viajes seguimos.

—Ahora os podré explicar la razón. ¡Contramaestre Rudolf!

La llamada del capitán Roëngratz hizo acudir presuroso a otro

cabo de látigo, que bajo el puente, alzó el rostro moreno y astuto.

—Vos sois responsable del buen orden en cubierta, durante mi ausencia, contramaestre Rudolf.

—¡Sí, jefe!—gritó el aludido, inmóvil y rígido, rebosante su estática actitud de evidente respeto, donde anidaba fanatismo de supersticioso.

—Que el contramaestre Schleiber con ocho fusileros, barriletes y sacos vacíos, entre en la lancha, armada.

—¡Si, jefe!

—Al anochecer, si no he regresado aún, vos os encargáis de encadenar a los negros en cubierta, dándoles ración doble.

—¡Si, jefe!

—Retiraos, contramaestre Rudolf.

Dando media vuelta, el capitán de la nave empezó a descender las escaleras. Tras él, Strokwer aceptando enternecido los roces que con el pico le endilgaba el loro a modo de besos, bamboleóse con su pesada mole.

Admiraba sin reservas la especial cualidad con la que Roëngratz, un eterno moribundo con un pie en la tumba, sabía imponerse a su tripulación de aventureros reclutados en los puertos del Báltico.

De aquella plebe amante de reyertas y rebeliones, muchos de ellos desertores de naves regulares, el capitán Roëngratz había logrado formar una disciplinada tripulación obediente y organizada.

¿Cómo?.. Al recordarlo, sonrió Strokwer. Él había sido el primer hombre en subir a cubierta del “Walhalla” recientemente fletado en el puerto de Hamburgo.

Su experiencia de cirujano en otras naves le había valido el ser enrolado directamente por el mismo Roëngratz.

Y la fría inexorabilidad con la que Roëngratz había seccionado las cabezas de los dos primeros marinos que se habían insolentado, pretendiendo que ellos no vestirían ropas a rayas, ni aceptarían el mando de un escuálido cadáver viviente había impresionado al mismo cirujano, insensible por completo a todo espectáculo sangriento.

No era el hecho en sí, ya que en muchas tabernas, podían verse escenas parecidas. Era la manera…

Aquel modo que tenía de hablar y actuar el “hombre pálido”. Sin la menor nota ni aliento de humanidad. Como un ser precedente

de ultratumba dotado de una confianza en sí mismo, que nada tenía de humano.

El hecho era que la fanática obediencia de sus hombres, era el mudo tributo al hombre que para ellos estaba de dotado de poderes sobrenaturales.

Al costado del velero pendía ya la lancha con el contramaestre Schleiber y ocho remeros al hombro el largo mosquete.

Todos, en pie aguardaron a que se sentara el capitán. La lancha se meció al entrar en ella el obeso cirujano.

El loro gritó, roncamente:

—¡Hombre al agua! ¡Hombre al agua!

Nadie tan siquiera sonrió. La lancha fué arriada y los ocho remos entraron limpiamente en el agua, propulsando la embarcación hacia el litoral.

Al poner pie en la arena, Roëngratz señaló un cuadro de palmeras.

—Campamento a la vista, contramaestre Schleiber.

El subordinado, con los seis marinos, dirigióse hacia el sitio señalado.

En la lancha quedaban dos marinos más, preparados los mosquetes, para cubrir cualquier retirada, caso de ésta presentarse.

Roëngratz empezó a pasear en el espacio húmedo donde de vez en cuando las quietas olas llegaban mansamente desmenuzándose en flecos de blanca espuma susurrante.

A su lado, apoyándose en su larga espada como en un cayado, Strokwer le acompañó durante unos instantes en silencio.

—No está habitado esté islote, Strokwer, pero a veces hay indígenas que por fechorías se agrupan y forman tribus, huyendo de la isla donde hasta entonces residieron y vienen a poblar tierras inhabitadas.

—¿Creéis, pues, que hay esta posibilidad aquí, jefe?

—Supongo que no. Pero visitaremos el islote de Este a Oeste y de Sur a Norte. Lo he elegido.

El cirujano, ante 1a última frase del tuberculoso, no mostró extrañeza. Sabía que nada era anormal proviniendo del enfermo.

—Antes dijisteis cuando avistamos la isla, que os parecía paradisíaca, Strokwer. Explicaos.

—Daba esta sensación, jefe. Y la hubiese elegido, si medios

tuviera para llevar a cabo mi obsesión.

—De ella me hablasteis un día lejano ya, Strokwer, y en ella mucho he pensado.

Los flacos y translúcidos dedos del enfermo, pasaron repetidamente por sus labios temblorosos.

—¡Contramaestre Schleiber!— llamó.

El interpelado acudió, presentando su mosquete, en actitud de firmes.

—Un explorador al Norte, otro al Este, un tercero al Oeste. Carne y agua. Si ven presencia humana, que regresen inmediatamente, a1 crepúsculo estarán los tres de regreso. Vos y los otros tres escalonados en exploración por todo este litoral Sur. ¡En marcha!

—¡Sí, jefe!

Partió el contramaestre, para repetir las órdenes recibidas.

Reanudaron los dos jefes su paseo. Roëngratz arropóse mas en su capa peluda, aunque la brisa nada tuviera de fresca.

—Era bello, bellísimo vuestro sueño, Strokwer.

—Una tierra mía... Pero es imposible, jefe.

—¿Por qué? Vos y yo podemos realizarlo.

El obeso cirujano deslizó una rápida mirada hacia el capitán.

—¿De veras, herr Roëngratz?

—Era bello, bellísimo vuestro proyecto, Strokwer. Crear una raza fuerte, dominadora, carente de vicios y taras, eliminando al débil, endureciendo al niño, formando generaciones implacables, marcadas con un sello personal, de raza suprema. ¡Ser un creador! —y en la última frase de Roëngratz hubo aliento de orgullo humano, de soberbia indominable.

—No tengo oro ni auxiliares, Herr Roëngratz. Ni tierra.

—Tierra la pisáis—dijo, fríamente, Roëngratz.

—¿Oro?

—Lo tengo, y he decidido que este sea nuestro último viaje negrero. No traficaremos más en tan poca monta.

—¿Auxiliares?

—Cuarenta y cinco hijos del Rhin y el "Walhalla"

—¡Señor, señor!—y hubo casi misticismo en la voz del cirujano, cuyos ojos brillaron ansiosamente,

—¡Señor, señor! — repitió el loro, roncamente, agitándose con

ridículo contoneos encima del hombro de la blanca casaca.

Para cualquier otra persona la intervención del animal hubiera sido motivo de ira o regocijo, por lo burlesca.

Pero Roëngratz y Strokwer mirábanse como dos fanáticos severos.

—Ved el mar, Strokwer. Nos conduce a islas y costas cercanas. ¿¡Qué veis en la no muy lejana isla de la Concepción?

—Arrogantes españoles, geniales, capaces de emprender toda empresa temeraria, pero indisciplinados, turbulentos, osados, insolentes y rebeldes. Hermosas mujeres apasionadas, de carácter vehemente antes de casarse, cimbreantes e indóciles si no aman. Esto veo en la costa española.

—De España captaríamos para nuestra raza el cerebro rápido e imaginativo. Moldearíamos esta raza domeñando su individualismo y adaptándola a nuestro imperativo… ¿Qué veis en la Guadalupe francesa?

—Galos refinados, espirituales, burlones, pero egoístas, arteros, poco propicios a sacrificios y a abandonar sus cómodas ociosidades, blandos al parecer como vieja cortesana hábil dominando cuantos artificios rinden, la voluntad del hombre recio.

—Su espiritualidad y su diplomacia cortés, Strokwer. Esto necesitamos. Y ¿qué veis en la inglesa Jamaica?

—Bretones orgullosos, engreídos, creyendo ser raza superior, corteses con insultante frialdad que indican que nos consideran inferiores, bestias de cavernas sin desbastar. Pero disciplinados, sensatos, amantes del hogar, el comercio y las tradiciones.

—Esas son las tres razas dominantes, Strokwer, y ¿sabéis por qué?

—Indudablemente, porque nuestro país, dividido en principados, marcas y ligas portuarias, no acierta n ser la Gran Germania.

—Eso es. Pero mirad que a esas tres razas que hoy por hoy son las imperantes, les falla el elemento nuestro, el vigor que allana los obstáculos, el propósito definido que ante nada se detiene. Seleccionando varios ejemplares de cada raza, echarían las raíces de una generación, que andando el tiempo y bajo nuestra cuidadosa educación, forjaría la raza triunfante, que imperaría desde el Rhin hasta el Mediterráneo y hasta los confines de los salvajes boyardos y cosacos. Aquí plantaremos el primer jalón, Strokwer… y el

“Walhalla” será el primer buque que anunciará el dominante futuro de la raza que vos y yo crearemos. ¡Creadores, Strokwer! La más alta ambición de un hombre. Y podemos serlo. Si nuestros sucesores fracasasen, no por eso perderíamos nosotros el goce supremo de moldear en nuestros troqueles orgullosos ingleses, sutiles galos e indómitos y briosos españoles, quebrando sus vicios a latigazos y dándoles azúcar cuando obedecieran. ¿Os dais cuenta, Strokwer, de la inmensa magnitud de nuestro proyecto?

Y por un instante ambos tuvieron la misma expresión. Sentíanse dueños y señores de un pequeño imperio, donde con implacable tiranía implantar una utopía basada en la supremacía de la brutalidad científica.

—Nos guía un buen propósito, Strokwer. Y ahora, mirad esta isla, porque esta es la tierra que he elegido para plantar el embrión. Dejadme solo. Quiero pensar. Os comunicaré el esbozo del plan que proyecto.

Dócilmente, el voluminoso cirujano, apoyándose en su larga espada como en un cayado, separóse dirigiéndose hacia el cuadro de palmeras, para buscar bajo ellas una grata zona sombreada, donde abandonarse a maravillosos ensueños de dominio.

Fue amontonando cuidadosamente hierba y largas palmas desprendidas de sus ramas, formando un ancho sitial.

Se instaló en él, cómodamente, hundiéndolo con su peso.

El loro saltó sobre sus rodillas y graznó una de las expresiones favoritas de su amo:

—¡Grande, grande, grande!

—Tú mismo lo dices, “Knabe”. Muy grande será. Tu mente no puede adivinar toda la ambición que alienta ahora en el estrecho pecho enfermizo de Herr Roëngratz. Es un hombre marcado por el sello de los dioses. ¿Lo ves, “Knabe”? Míralo bien, porque es ciencia humana, adivinar que Herr Roëngratz, por no haber nunca sentido esas cosas, al alcance de los vulgares, triunfará, porque como yo, sabe que los sentimientos son la debilidad y la pérdida de las razas.

Entornó los ojos Strokwer, abandonándose por unos instantes a imaginar el esplendoroso futuro. Veía casas alineadas, con números especiales y tratamientos adecuados a cada idiosincrasia.

Ingleses, españoles, franceses... Pero al pensar en sus “pacientes”, su temperamento, inconscientemente, le hacía plasmar

femeninas figuras, forzosamente obligadas a vivir bajo su tutela.

La frialdad de inteligentes muñecas, que para él eran las inglesas, la pasional arrogancia de las bellas meridionales. La refinada elegancia espiritual de las mujeres galas, que osaban desdeñar al germánico, llamándolo inculto y tosco bonachón que se creía un titán mitológico, que podía beber en el cráneo de sus enemigos vencidos.

Abismado en sus pensamientos, había desaparecido de su rostro toda infantilidad candorosa.

Era el hombre que creía ciegamente en el triunfo conjunto de Roëngratz, con su inexorable carencia de humanos sentimientos y su propio carácter bastante similar en el fondo, al del que ahora paseaba lentamente por el litoral, arropado en su larga capa peluda y hundido el puntiagudo gorro hasta las transparentes orejas.

Capítulo II

Un ejemplar soberbio

Desde el litoral iba ensanchándose en suave pendiente, hasta prolongarse en altiplanicie, donde los pinos, en abrazo inmenso, unías sus cimas que, meciéndose al impulso de suave brisa, mezclaban sus efluvios aromáticos al salobre del mar.

Por la pendiente tapizada de hierba descendía un hombre, cuya progresiva llegada fué vigilada con creciente interés por los dos germanos, mientras los dos de la canoa, apuntaban hacia el recién llegado las bocas de sus mosquetes aguardando una señal para abrir fuego.

Strokwer abandonó su cómoda postura, para, en pie, acercarse al lugar donde Roëngratz, inmóvil, miraba con atención al que iba aproximándose.

Apoyado en la guarda de su larga espada, el cirujano bisbiseó:

—Soberbio ejemplar, jefe.

Guardó silencio el capitán del “Walhalla”, aunque mudamente asintió. Contemplaba con rencorosa admiración el desnudo torso bronceado y atlético del que, andando calmosamente, iba acercándose.

Vestía un pantalón ajustado de piel negra, introducido en las altas botas y en su cinto brillaban la culata de una pistola de doble cebo, el mango de una daga y un corto machete ancho.

Alrededor de los negros y largos cabellos un pañuelo rojo se anudaba tras la nuca y de las orejas pendían aretes de oro.

El perfil aquilino de ave de presa, el rostro atezado, el fino bigote sombreando labios sonrientes, la negra mirada fija en los claros ojos acuosos de Roëngratz, daban a los dos alemanes una sensación de que el aparecido poseía excesiva confianza en sí mismo, y aspecto de hombre insolente y audaz.

El recién llegado se detuvo a dos pasos, frente al hombre pálido.

—Bienvenidos o mal venidos, Según el caso dirá—saludó Carlos Lezama, el Pirata Negro, llevándose a usanza pirata la mano derecha a1 hombro izquierdo.

—¿Quién eres tú?—interrogó Roëngratz, con acento gutural, aunque en perfecto español que dominaba, dados los años de tráfico negrero.

—El que visita es el que generalmente declina su personalidad.

—¿Es acaso tuya la tierra está?

—Tengo por costumbre considerarme dueño de los sitios que piso. Y vosotros estáis pisando tierra mía.

—¿Eres pirata en escala?

—Soy aristócrata en vacaciones y, por tanto, me considero pirata en mis dominios.

—¿Dónde está tu nave?

—Hermoso loro—dijo el Pirata Negro, mirando al pajarraco instalado en el hombro de Strokwer.

—Te he preguntado dónde está tu nave—repitió Roëngratz.

—Si fueras listo, te darías, cuenta que contesto cuando me da la muy real gana. Insisto en que este loro es simpático. Tú, no.

—¡Insensato! ¿No aquilatas que estás a nuestra merced?—y pese a la amenaza contenida en sus palabras, no se alteró el frío y repulsivo aspecto del capitán del “Walhalla”.

—Soy ingenuo, torpe y mi candidez es asombrosa, larguirucho.

—¡Ten cuidado en lo que dices!— intervino Strokwer—. Ignoras que estás siendo interrogado por el capitán Roëngratz, amo y señor del velero que ahí está: el “Walhalla”.

—Tendré, pues, ahora que preguntarle al loro cómo te llamas tú, ya que sé cuál es el nombre de tú acompañante. Por hijos del Rhin, quizás ignoréis la costumbre, pero al llegar a tierras extranjeras, cuando se os presenta a modo de anfitrión el dueño de ellas, debéis declinar: nombres, propósitos y motivos del viaje.

—Un español... Como todos... vanidoso—comentó Strokwer, rubicundo el rostro lunar—. Podéis ordenar que lo apresen, jefe, que yo estoy atento al menor de sus gestos.

—Oídme los dos, tú, el saco de sebo y tú el espárrago melancólico— dijo, sonriente, Lezama—. Os dije que estaba en vacaciones y no podéis comprender lo que ésto significa. Hasta hace

poco me pavoneé por palacio, y harto de zalemas y finuras, he venido aquí a congraciarme con madre naturaleza y sentirme de nuevo bruto y sin estribos. Si queréis pelea, mal os va a ir el capricho. Por de pronto, si alzas tu escoba de acero, gordo, te voy a sangrar. En cuanto a ti, larguirucho, no hurgues en tu cinto o te quiebro los huesos a pistoletazos. ¡A callar, esperpentos!

Su incisiva rudeza al hablar y la seguridad con que amenazaba, impresionaron a los dos alemanes, en cuyos lentos cerebros se forjaba la segura idea de que aquel hombre no estaba solo.

—¡Tate!...—añadió el Pirata Negro, sin abandonar la mordaz sonrisa, que para sus hombres presagiaba siempre lucha ¿Con que venías a turbar mis vacaciones y encima pedís guerra? Que os sirva de aviso el saber que los exploradores que mandasteis en avanzadilla no sé con qué fines, por los puntos cardinales de este islote, están a buen recaudo. Vivos y coleando, pero con más ligaduras que pelos tienen. En cuanto al “Walhalla”, está siendo contemplado amorosamente por veinte bocas de cañones. Al menor asomo de bulla aquí, “Walhalla” y su contenido se hundirán.

Los dos germanos miraron hacia la frondosa altiplanicie, donde acababa de señalar Lezama con el pulgar por encima del hombro.

—Jactancia española, jefe —murmuró Strokwer—. No veo barco, cañones ni hombres. Está solo...

Roëngratz alzó una descarnada mano, imponiendo silencio.

—No hemos venido en son de pelea, pirata. Deduzco que pese a tus modales y avisos tampoco quieres tú lucha.

—Bien deducido. ¿En qué te fundas para ese rasgo de pupila?

—Has avisado lealmente viniendo solo. Otro pirata hubiera intentado el asalto para saquear.

—Estoy de reposo. Tengo lo suficiente para ir tirando y no necesito negros. Infórmame ahora del motivo de tu escala, en esta isla, cuando tienes a mejor alcance, y con seguro aprovisionamiento, la acogedora isla española de la Concepción.

—Necesito agua, fruta y carne para vigorizar en cubierta a los negros.

—Buen pretexto. Pero si así es, lo haces supongo para que luzcan hermoseados al llegar al "compoir” de compra,

—Sí. Cuida mucho de la carga el cirujano a bordo del “Walhalla”—y señaló Roëngratz al obeso personaje.

—Vuestra humanitaria atención la pudisteis realizar en otras aguas. Hasta vuestra llegada me prometí tranquilidad y reposo. Idos a otra parte, porque este apesta a carne de ébano y a humanidad negrera y mis pulmones no toleran esta fetidez. Os devolveré los prisioneros y largad velas con mejores vientos, que los que por aquí puedan soplar. No es orden: es apremio. Largaos presto, antes que zumben mis cañones.

—¿Toleraréis, jefe, este lenguaje osado? Dadme la orden, y preso él sus piratas no dispararán,

—Calla, seboso — atajó si Pirata Negro, apoyados los puños en las caderas, observando al cirujano—. Te conviene una sangría... No quieras que yo sea tu improvisado y definitivo cirujano. Aquí mando yo, y en el puente del “Walhalla”, mandará tu jefe.

—Danos, pirata, cuatro días de escala—pidió Roëngratz.

—¿En virtud de que he de dártelos?

—Si bien pecáis de excesiva arrogancia, también los españoles tenéis en compensación la virtud de ser hospitalarios.

—Don que nos pierde. A veces anidamos víboras, suponiéndolas lagartos. Tienes los cuatro días, capitán del “Walhalla”. Pero toma nota, al igual que tú, matasanos. Nadie baje a tierna, que ya te mandaré yo los prisioneros con agua, carne y fruta. Y toma nota también de que corréis un peligro. A medida que pasen las horas, puedo sentirme enojado por haber concedido hospitalidad a negreros y me puede dar el aire, por airear definitivamente a vuestra carga. Si fuerais prudentes, os iríais a bordo, levarais anclas y os largaríais apresuradamente. He dicho. Ahora podéis hacer lo que os venga en gana. Largaos.

Iba a hablar Strokwer furioso, pero Roëngratz volvió a alzar la mano en ademán apaciguador.

—Comprendido, capitán pirata. Antes de irme, si izo pabellón de cortesía, ¿accederás a hablar a solas conmigo en la playa?

—Lo que entonces quieras decirme, puedes ahora decírmelo. ¿O tanto lo has de pensar?

—Es que quiero consultar con alguien a bordo. Hasta la vista, pirata. Te agradezco tu generosa lealtad, valiente.

—Tate... Muy manso es el can—musitó el Pirata Negro, viendo como los dos alemanes alejábanse para entrar en la lancha.

Púsose en marcha la pequeña embarcación rumbo al anclado

velero.

—No os comprendo, jefe. Vos que siempre castigáis las osadías, habéis permitido que este pirata os hablara casi con desprecio.

—Mala es nuestra situación, Strokwer. Con la nave repleta de carga, deseosa de rehuir su destino, un combate, en estas circunstancias, no nos iría favorable. He preferido acudir al disimulo. Este insolente pirata morirá, pero ingeniaré el medio de que no suframos pérdidas de vidas. Los negros, por lo que valen en oro; los tripulantes, por sernos aun precisos, debemos evitar que mueran en estériles combates. Y esta isla ha de ser mía. Necesito saber con cuántos piratas cuenta este español, cuál es la fuerza de sus armas y dónde está su velero. Idos, Strokwer. Dejadme pensar..

Una hora estuvo a solas en su camarote, el capitán del “Walhalla”. Le sacó de sus meditaciones, el anuncio de que en cubierta y atados, estaban ya los exploradores y el contramaestre Schleiber.

Había cumplido su palabra el Pirata Negro. Los siete alemanes habían sido dejados atados al borde de la playa. Una lancha del “Walhalla” les recogió.



...pecáis de excesiva arrogancia...

Entre sus ligaduras había racimos de frutas, aves, y bajo los sobacos de varios de ellos rezumaban humedad los llenos barrilitos de agua potable.

Cabizbajos, aguardaban el castigo que, a no dudar, les iba a ser administrado por haber caído prisioneros.

Y cuando el contramaestre Rudolf les hubo quitado las cargas, cortado las ligaduras y atados las muñecas y tobillos en las planchas del castigo, boca abajo y tendidos, con las espaldas desnudas, dió Roëngratz desde el puente de mando, la seca orden:

—¡Diez por hombre! ¡Veinte para el contramaestre Schleiber!

Los negros, encadenados de cuatro en cuatro, contemplaron, sin estupor, el monótono cantar con el que un vigía iba contando los latigazos.

Habían ya asistido otras veces a la misma escena en la plancha de castigo de la cala.

El contramaestre Schleiber quedó desvanecido. El contramaestre Rudolf que le había propinado los veinte latigazos, fué restañando las heridas con un escociente mejunje de hierbas y ungüento.

—¡Contramaestre Rudolf! —gritó Roëngratz—. Traed a vuestro camarada a mi sala de interrogación.

Tembló en pie el recién vapuleado que, sin rencor, miró a su colega.

—No temas, Hans—le aquietó su compañero, antes verdugo, secando ahora la correa del látigo, donde había aún túrdigas de carne sanguinolenta.

—El látigo lo merecí —admitió Schleiber, sumisamente—. Pero... tengo miedo, mucho miedo, Rudolf. El cuarto de interrogación... Ya sabes; Herr Strokwer está ahí y no intercede cuando Herr Roëngratz, mutila y quema.

—No temas, Hans—repitió, obtusamente, el otro contramaestre —.Si puedes contestar bien las preguntas de Herr Roëngratz, nada te ocurrirá

El “cuarto de interrogación”, era el lugar de a bordo, donde cuantos ante él pasaban, lo hacían aceleradamente.

Era un compartimiento obscuro, ya siniestro de por sí. No tenía más mobiliario que un trinchante de armazón de hierro sosteniendo distintos instrumentos de suplicio y al fondo un órgano clavicordio.

Del techo del obscuro compartimiento, pendían dos largas

correas, rematadas por guantes especiales donde eran introducidas las manos de los sometidos a interrogación.

Les guantes de ingeniosa contextura rodeaban dedos y muñecas en forma ajustada por torsión de torniquete.

Sentado tras el teclado del órgano, sobre cuya cubierta el loro se había acomodado, Strokwer sonrió bonachón, cuando el contramaestre Schleiber quedó preso con los brazos en alto y tocó con suavidad una melodía que era la música de un canto de las sirenas Loreleis.

Roëngratz, en pie ante el contramaestre que no osaba mirarlo, dijo, secamente:

—Un teutón del "Walhalla" no cae preso, contramaestre Schleiber. Muere luchando.

—¡No pude, gran jefe! No pude— chilló el prisionero.

—¿Por qué? Tenías armas, juventud, fuerza y vigor.

—Caí en trampa, gran jefe. Según vuestra orden, avancé y llegado a un paraje, de pronto el suelo pareció hundirse bajo mis pies. Quedé preso en hoyo que me llegaba hasta los hombros. No podía mover los brazos. Me ataron sin serme posible luchar.

—¿Te interrogaron?

—No, gran jefe. Se reían y uno de ellos me cosquilleó, diciendo que diera gracias a Lorelei, la sirena del Rhin, por haber caído en poder de piratas amantes del regocijo.

—¿Cómo era el que así habló?

—Era el jefe de ellos, gran jefe. Todos le acataban. Vino procedente de la playa donde estabais vos. Alto, elástico, felino, con risa de diablo alegre. Un dios moreno de fuerza y salud...

—¡Basta!—y furioso asió Roëngratz por el cuello al torpe contramaestre, que acababa de citar cualidades de que carecía el enfermo.

En el clavicordio, atacó Strokwer vigorosamente un pasaje de rimbombante sonoridad bélica, para cubrir con sus compases los gritos de temor del contramaestre.

Gritaba más que por miedo físico al dolor, por pánico cerval contemplando el rostro espectral de Roëngratz, en cuyas comisuras labiales, espumarajos sanguinolentos burbujeaban.

Estrangulado, cesó de gritar el contramaestre Schleiber, para quedar inerte, colgante de las correas.

Separóse Roëngratz, secándose las sudorosas manos en la capa de piel. Cesó Strokwer de pulsar el teclado.

—Citó un dios moreno—dijo fríamente Roëngratz, recuperado ya el dominio de sus nervios—. Y para el "Walhalla", no hay ni debe haber más dios que yo. ¡Yo! Que crearé nueva raza a la cual dominar. Llamad al contramaestre Rudolf.

Poco después, tras el cirujano entraba en la sala de interrogatorios, el muniqués Rudolf, de trazas meridionales. Era reputado come hombre sereno y valiente, aunque excesivamente cerebral para gusto de Roëngratz.

—Hay trampas en la isla, contramaestre Rudolf — dijo Roëngratz—. Hoyos recubiertos con hojarasca. Piratas vigilantes. Deberéis burlar ambas cosas. Necesito saber cuántos hombres son, cuántas piezas artilleras tienen y las posiciones que ocupan. Partid al anochecer. Mientras vos cumpláis mi orden, yo me entrevistaré con el jefe pirata. Podéis iros, contramaestre Rudolf.

Saludó rígidamente el muniqués, abandonando la estancia sin dirigir la mirada hacia el pendiente cadáver.

A solas con Strokwer, que acariciaba la cabeza del loro, Roëngratz habló febriles los ojos.

En sus pómulos había dos rosetones de sangre agolpada.

—Es un soberbio ejemplar el pirata español. Domeñarle, hacerle hincar la rodilla bajo el castigo, obligarle a reconocer como única autoridad la mía... Este es mi proyecto, después de que en la isla sólo ondee el pabellón del "Walhalla".

Miró al cirujano, que asentía respetuosamente.

—No quiero daño para el pirata español, y quiero tenerlo incólume en esta sala. ¿Qué sugerís, Strokwer?

—La gragea rosa, jefe.

Y el cirujano, de su faltriquera, extrajo una caja cincelada primorosamente. Había en su interior, al alza la calada tapa, dos grageas. Una de color blanco y otra de color sonrosado.

—La blanca, jefe, os dará, como siempre, nuevo vigor. La rosa contiene poderoso narcótico adormecedor que derribaría a un buey. Apenas la tome, el pirata caerá ante vuestros pies como fulminado por un rayo.

Capítulo III

El fin del "Walhalla"

Se iniciaba el rápido crepúsculo, cuando en lo alto del mástil del velero alemán, ondeó el pabellón verde que en lenguaje de mar, indicaba que el capitán jefe la nave deseaba saludar y conversar amistosamente con el jefe de la nave en visita.

No había otra embarcación visible, aparte del velero “Walhalla" y la lancha que se dirigía hacia la playa llevando a bordo dos remeros y al propio Roëngratz.

Pero en la playa, sentado en lo alto de una roca, en postura indolente, el Pirata Negro aguardaba. Saltó a la arena cuando avanzó a su encuentro el hombre de la capa de piel.

—Os saludo, capitán español.

—Os hago eco, capitán teutón. Veo que persistís en no prestar oídos a mi amable consejo de iros con los negros a otra parte.

—Quisiera hacer trato con vos.

—No marco carne de ébano. A lo más, marco a los que con ella trafican,

—Ellos no son más que un accidente circunstancial. Los necesitaba para reunir oro. Es este mi último viaje.

—¿Os pensáis retirar al disfrute de vuestras honestas ganancias, para aventar vuestros ropas de la peste selvática menor a la hedionda olor de los mercados poblados de blancos negreros?

—Vos podríais sor uno de los grandes jefes que dominarían el mundo en fecha lejana, pero de los cuales seríamos los puntales.

—Tate... ¿Os dió exceso de sol es el cubrecráneo?

—Aficionados sois los españoles a reíros de todo. Y los vastos planes se os antojan sueños de locura. Pero sabedlo, capitán español: día llegará en que mi raza domine al mundo, para mejor provecho de la Humanidad,

—Buen provecho para mis nietos, si así ha de ser. Pero tengo moscas en la nariz y siempre pongo en duda a los que venden pomadas para mejorar los ganados.

—¿Por qué habéis de dudarlo?

—He conocido seres buenos que perecieron tontamente en el buen empeño de mejorar a la humanidad. Eran soñadores idealistas. Me inclinó recordándolos. Y ninguno de ellos, tenía vuestro aspecto1de hiena sedienta de sangre, ni vuestros ojos carentes de vida y corazón.

—Duras palabras. Y absurdas en boca de pirata.

—Un negrero no debe asustarse de durezas verbales. ¿O acaso dais leche y pan migado a vuestro cargamento para engordarlo en viaje de placer, restituyéndolos después a sus chozas de la selva africana, donde eran felices porque ignoraban que razas superiores se iban a tomar cariño por sus pellejos lustrosos?

—Ellos son raza inferior, bestias, anatomías. Nosotros, los germanos, somos raza que debe enseñar al mundo el camino a seguir.

—Vos, por suerte, no representáis a los buenos burgueses del Rhin. Se prestaría a equívocos. ¿Cuál es vuestro gran proyecto? Ha tiempo que no hablo con seres más que civilizados... y estaba muy a gusto.

—Una colonia, podría residir en esta isla paradisíaca. En ella crecerían generaciones marciales, desprovistas, de debilitantes escrúpulos, tales como el respeto a leyes impropias y a cultivar sentimientos. Hombres de guerra y mujeres enérgicas. Buscaríamos la colaboración de seres fuertes de otras tres razas superiores, como lo son la española, la inglesa y la francesa. Ellos se infiltrarían en sus respectivas naciones de origen y llegarían a adueñarse de las riendas del poder...

—Todo para el mayor provecho de la raza primera, que vos pretendéis representar. ¿Queréis mi opinión?

—Os la pido y ruego.

—Pues..., estáis como una cabra, amigo.

—¿Qué quiere significar esta expresión?—preguntó Roëngratz, que no había entendido el modismo.

Barrenóse Lezama la sien, en gesto voluntariamente vulgar.

—Hora sería ya de que aprendierais las calificaciones con las

que en mi tierra damos respuesta a los que, cegados por exceso de ambición, buscan cinco pies al gato. Salen arañados. A vos no os guía mejoramiento ni bondad, ni nada semejante. Os guía un afán de dominar tiránicamente en colonia de esclavos. ¿Sabéis, por qué? Porque odiáis todo aquello que no es vuestra propia imagen. En fin, os renuevo mi consejo. Largaos con buen viento, porque voy siendo ya demasiado contemporizador con vuestra barca de transporte y mi olfato me anuncia tempestad.

Roëngratz extrajo la cajita de las grajeas. Abrió la tapa, tendiéndola abierta.

—Adiós, capitán español. Veo que debo abandonar esta isla. Aceptad como recuerdo, una de esas grageas. Son maravillosas. La de color rosa es ambrosía. La de color blanco es medicinal, para los pulmones.

—¿Costumbre germánica? De buen grado acepto ese rito de paz y despedida, que a finuras yo no sé resistirme.

Introdujo los dedos en el interior de la cincelada labor de artífice.

—¿Cuál me recomendáis tomar?

—La que más os plazca. Dice mi cirujano que la gragea de color rosado, es la mejor al paladar, pero el gusto amargo de la blanca más me agrada, y cura mis débiles pulmones.

—Tomaré entonces la que no os prive de respirar cómodamente.

En la penumbra fué visible la gragea color rosado entre los dedos del Pirata Negro, que repiqueteó sobre la abierta tapa.

—Hermosa caja.

—Si os place, vuestra es—y el germano, cogiendo la gragea que quedaba, se la introdujo en la boca, ofreciendo después la caja cerrada al que, ante él, en pie, masticaba ruidosamente la gragea que había tomado.

Apenas paladeó la gragea, Roëngratz gruñó, abandonada su fingida cortesía, que tanto esfuerzo le había costado:

—Insolente español… Ahora cesará, por mucho tiempo tu impertinente acritud de perdonavidas… Te juro que…

—¿Te encuentras malucho, cariño?—y el Pirata Negro emitió una alegre carcajada, al abatirse al suelo como si lo hubiera derribado un rayo el capitán del “Walhalla”.

Carlos Lezama estaba contento da sí mismo, por la habilidad con

la que fingiendo repiquetear en la cubierta de la caja, había dejado caer la visible gragea rosa para tomar la blanca.

Dió con el pie un leve empujón al cuerpo caído del germano:

—En el fondo sois ingenuos, Jugáis al gato y los ratones os la dan con queso. Os tragáis las mismas píldoras que ofrecéis, ¡Hey!—gritó hacia los de la lancha—. Venid a por el amo. Se ha mareado, asustado de ver lo listo que se creía.

Uno de los remeros iba a disparar, pero el otro le contuvo dándole un manotazo en los brazos.

—¡No hay orden de hacer fuego, Otto!—gritó.

Cuando saltaron a la arena para recoger el cuerpo inerte de Roëngratz, ya el Pirata Negro estaba lejos.

* * *

El contramaestre Rudolf, favorecido por las tinieblas, desembarcó en paraje lejano al lugar donde anclaba el “Walhalla”.

Dejó en tierra el pequeño esquife y tanteando con su espada cuidadosamente el terreno antes de pisar, fué andando.

Cuatro embarcaciones mayores y portando a bordo pequeños cañones y redondos proyectiles de efectos mortíferos por estar cargados con mellados hierros libres en el interior de la granada, iban dirigiéndose hacia la cala del norte, donde tenían por misión atacar al velero allí anclado.

Un explorador, a media tarde, había salido del “Walhalla”, simulando internarse en el mar, y, provisto de anteojo, había visto el emplazamiento del velero.

Reinó el mayor de los desconciertos cuando inesperadamente, a proa de las cuatro embarcaciones de abordaje, se elevaron cuatro penachos de espuma que en estruendosa explosión, inundaron de agua a los ocupantes de las embarcaciones.

Los que iban a sorprender quedáronse unos momentos indecisos. Improvisar no era para ellos cosa fácil, habituados como estaban meramente a cumplir órdenes.

De pronto, como surgiendo del mar, la figura de un velero agigantóse, disparando una segunda andanada.

Venía de babor, Cuando todos los tripulantes de las cuatro lanchas suponían hallarlo a proa.

La segunda andanada demostró que la primera no había tenido otro objeto que tomar acertadamente la mira.

Saltaron en pedazos las lanchas, convertidas por el impacto en nuevos proyectiles...

El velero siguió avanzando, para de nuevo, después de su incursión al interior, mantenerse al pairo en la cala alejada del lugar habitual.

A su bordo “Cien Chirlos” arrugó la faz desdeñosamente. Pensaba en el solitario navegante que a media tarde acechaba con su anteojo, mientras él mismo le asestaba e1 suyo.

—Pocos son y sin caletre...—gruñó “Cien Chirlos”.

Y con íntima nostalgia pensó en las cuatro lanchas que, manejadas por la otra mitad de los tripulantes del “Aquilón” al mando de Carlos Lezama, dirigíanse hacia el velero “Walhalla”.



El contramaestre Rudolf seguía en su penoso avance hacia el Norte. Su misión era obtener con exactitud el número de piratas y la posición de sus artilleros.

Cuando oyó una lejana explosión, seguida a los pocos instantes por otra, pensó que quizá era ya inútil su labor, ya que seguramente las eficaces lanchas de abordaje y sus bombardas habían dado perfecta cuenta velero español, hundiéndolo.

Pero, escrupulosamente cumplidor, siguió avanzando. Llevaba media hora de laboriosa marcha, cuando el estampido de explosiones netamente identificables como cañonazos le detuvieron de nuevo.

Pero esta vez con perplejidad. Los cañonazos procedían del mismo lugar donde estaba anclado el “Walhalla”.

Titubeó unos instantes. Y recordó la orden general para casos semejantes: "Si es atacado el “Walhalla”, todo tripulante en tierra enviado a misión, la abandonará, regresando inmediatamente a bordo”.

Con la misma precaución hasta entonces empleada deshizo lo andado, y el espectáculo que vió al llegar con su esquife junto al casco del “Walhalla”, amanecido ya, le hizo soltar los remos y boquiabierto intentar comprender.

Pero con salvajes gritos varios negros arrojaron hábilmente cuerdas, laceando al contramaestre Rudolf, que, izado por cuello, torso y piernas, seguía sin comprender lo que ocurría, mientras era atraído hacia arriba del velero “Walhalla”.

* * *

Strokwer, bajo la linterna del camarote, tentaba los miembros fríos del capitán Roëngratz. El loro colgado sobre su hombro gruñía blasfemias, reproduciendo las que salían de labios del obeso cirujano.

Hacía ya más de veinte minutos que los dos remeros habían regresado con el desmadejado cuerpo de Roëngratz, y, pese a todos sus esfuerzos, no conseguía Strokwer devolver los sentidos al que estaba bajo los efectos de la gragea narcótica.,

Y, cuando, pasada media hora, levantóse Strokwer, ceñudo, cerrando los desorbitados párpados del que hasta entonces había sido el capitán del “Walhalla”, comprendía lo sucedido.

Por algún procedimiento incomprensible, el capitán Roëngratz, equivocándose, había tomado la gragea rosa y su endeble organismo no había resistido la fuerte acción del narcótico.

Encadenados en cubierta, los negros, habían sido quitados los “hierepiés” que en alfombra erizada distaban a modo de barrera de las bordas.

Strokwer ordenó a un contramaestre que tocara el silbato de reunión. Agrupáronse el resto de los que no habían salido en la expedición de abordaje.

—¡Hombres del “Walhalla”!—gritó Strokwer, que para la ocasión había dejado en el camarote mortuorio al loro—. No ha mucho habéis oído el retumbar de los proyectiles anunciando la victoria de nuestros compañeros. Tengo ahora que anunciaros la fatal nueva de la muerte de nuestro jefe, el capitán Herr Roëngratz, que ha muerto como el guerrero, oyendo el retumbar de la bélica tormenta. Muerto él, y tal como decretó era su voluntad, yo le sucedo en el mando. Volveremos a esta isla para instalar campamento donde pueda yo continuar la labor que se propuso nuestro difunto jefe y que culminará en el triunfo. Veo ya aproximarse las lanchas con nuestros victoriosos compañeros... Entonad la canción del resurgir de los dioses, para que ellos sepan que, muerto un jefe, otro 1e substituye y el “Walhalla” nunca perecerá.

Las roncas voces del resto de la tripulación cantaron la briosa canción simbólica cuya antigüedad remontábase a los mitológicos tiempos del poderoso Odín.

Pero truncóse a medio cantar... cuando una andanada procedente de los cuatro costados aureoló al “Walhalla”, desmantelando las portañuelas artilleras por donde asomaban los cañones del velero.

Corrieron los alemanes a sus puestos, pero ya los garfios de abordaje hincábanse en los pasamanos. Una ola de asaltantes apareció a bordo, sembrando el desconcierto entre los que, privados de órdenes concretas, carecían de iniciativa.

Más que un combate, fué una caza de prisioneros. Tendidos en el suelo, los negros temblaban asustados, mientras alrededor de ellos los cuerpos a cuerpos entablados iban disminuyendo paulatinamente.

En el puente de mando, Strokwer batíase con vigor, asestando tajos con su larga espada, hasta que los dos piratas que le acosaban se apartaron.

El Pirata Negro, machete en mano, enzarzóse en duelo con el cirujano, que demostraba poseer un vigor y agilidad insospechados, dada su enorme corpulencia.

—¡“Schwartz Teufel”!... — imprecó Strokwer, al verse acorralado contra un mamparo.

—¡Toma candela!—gritó riendo el Pirata Negro, a la vez que asestaba un recio machetazo de plano en la yugular del cirujano.

La brutalidad del golpe privando de respiración al germano, quitó vigor a sus brazos, que cayeron lacios a sus costados.

Tambaleóse unos instantes, y por fin se desplomó cuando, siguiendo al golpe de machete, la empuñadura de la misma arma chocó contra su frente, abriendo brecha en ella.

En cubierta, los piratas iban maniatando, a lo largo del pasamanos, a los que, heridos o magullados, no habían perecido en el breve combate., Mientras, el Pirata Negro fué recorriendo las salas, hasta que, después de ver en la sala de interrogatorios el cuerpo colgante por las manos del contramaestre Schleiber, penetró en el camarote dónde Roëngratz dormía su último sueño.

En la cabecera del camastro, el loro, furioso por encontrarse abandonado, picoteaba de vez en cuando el rostro del cadáver, gritando roncamente:

—¡Blanquear el lote!

La entrada del Pirata Negro le enfureció aún más. Agitando las

alas, lanzóse hacia él, garras en ristre.

—¡So, pajarraco!—masculló el Pirata Negro, dando un manotazo que derribó en el suelo al animal.

Revoloteó de nuevo, pero esta vez para, a toda ala, desaparecer, saliendo en raudo vuelo del camarote.

Unos instantes contempló Lezama al muerto.

—Blanquear el lote... — murmuró, pensando en la fúnebre y grotesca expresión del loro.

Abandonó la estancia, y en cubierta, ahora iluminada por las linternas y antorchas que habían encendido los piratas, contempló el numeroso grupo de negros encadenados, que gemían una canción monótona, lanzando temerosas miradas a los nuevos dueños de la nave.

—¡Todos a las lanchas, mis valientes!—ordenó Lezama.

Fueron saltando los piratas por la borda, bajando por las cuerdas de los tramos de las escaleras de abordaje.

Los últimos en salir iban desengarfiando, lanzaban las escaleras y se arrojaban al agua.

A solas en el “Walhalla”, contempló Lezama a Strokwer, que, atado contra el mástil, entre un grupo de yacentes negros encadenados, sostenía ahora sobre su hombro al loro, que rozaba con su corvo pico la ancha frente enmarcada de rizos rubios.

—Mal fin. Te lo predije—comentó Lezama, deteniéndose ante el cirujano.

—¿Qué harás con mi velero?—interrogó el alemán.

—¡Blanquear el lote!—gritó el loro, agitando las alas.

—Tu amigo lo ha dicho, cirujano. Voy a blanquear el lote. ¿Sabes cómo? Transformando a los salvajes negros en civilizados blancos. Ellos eran libres y tú, el de raza superior, eras el cazador.. Volvamos las tornas.

—¡No puedes hacer eso con un semejante tuyo!.—exclamó, repentinamente alarmado, el cirujano, dándose cuenta del significado de las palabras del que ante él sonreía casi amistosamente.

—También ellos son semejantes tuyos, En fin, adiós, gordo. Y lo siento por el loro.

Separóse el Pirata Negro, y, desenvainando el machete, sirvióse de él a modo de palanca para hacer saltar una de las cadenas que

retenía las argollas de cuatro negros.

Al verse libres, pusiéronse en pie lentamente los forzudos africanos... Colgaban de sus muñecas las argollas, pero los brazos libres se alzaron hacia lo alto, como en invocación incrédula a un invisible ídolo.

Retrocediendo, el Pirata Negro les vió abalanzarse hacia las otras cadenas más cercanas.

Subió a la borda, asiendo una larga cuerda que pendía de un palo de mesana, y, sirviéndose de ella, aplicando los pies en el casco, fué descendiendo hasta hallarse en el interior de una de las cuatro lanchas.

—¡Boga hacia el “Aquilón”! ¡Presto!—ordenó—. No quiero contemplar la agonía de un loro.

Las cuatro lanchas al unísono crujieron al entrar en el agua los remos.

Y pronto fueron empequeñeciéndose en la noche...

Mientras, en lo alto del “Walhalla”, Strokwer gritaba con frenéticos chillidos de pavor, al ver a todos los negros que, liberados, danzaban lenta y acompasadamente, blandiendo las espadas y cuchillos que habían recogido de los armeros.

Y hasta el amanecer duró la orgía, en la que, de vez en cuando, uno de los negros simulaba ir a cortar la— cabeza de alguno de los blancos atados, para luego apartarse riendo con salvajes estridencias.

Cesaron cantos y bailes, cuando un pequeño esquife, partiendo de la orilla, se iba acercando, y pronto el contramaestre Rudolf quedó atado en el mástil junto a Strokwer.

—Perdonad, Herr Strokwer—inquirió lívido, el contramaestre—¿Cuál... va a ser nuestro destino?

El cirujano no contestó. Lloraba viendo sobre su hombro el cadáver del loro, aplastado por un puñetazo de uno de los negros.

—Mi pobre “Knabbe”...—se lamentó Strokwer—. Murió.

—¡Ved, señor!—gritó Rudolf—, ¡Están levando anclas! ¡Nos llevan a sus salvajes tierras! ¡Harán de nosotros esclavos! ¡Nos torturarán!...

Pero el cirujano había perdido la razón, y sólo sabía lloriquear sobre el fláccido espectáculo de su pájaro charlatán muerto encima de su hombro.

—Mi pobre “Knabbe”... No podrás ya picotear ojos de prisioneros, ni limpiar tus garras en llagas de heridos... ¡Mi pobre “Knabbe”!

El “Walhalla”, hinchadas sus velas, tomó rumbo opuesto al Caribe. Los tripulantes negros, acometidos del frenesí del regreso a las selvas, fueron transportando a sus prisioneros a las calas.

El cirujano Strokwer, al ver que uno de los negros cogía al pajarraco y se disponía a lanzarlo contra el suelo, sintióse acometido por un ataque de ira.

Y fué tal su vigor de energúmeno loco al defenderse contra los varios negros que pretendían atarle de nuevo, que logró acercarse a la borda, e iba ya a saltar al agua, cuando se detuvo...

Dos espadas arrojadas como lanzas fueron a clavarse en su obesa espalda. Se tambaleó y, dando un traspiés, inició una media vuelta, yendo a caer de bruces junto a los pies de un negro.

Arañó el suelo unos instantes y por fin quedóse inmóvil. El “Walhalla” continuó su camino para, dos días después, zarandeado por una tormenta, ir astillándose, mientras en cubierta todos los negros, arrodillados, elevaban preces a sus ídolos, pidiendo que encalmaran “el río grande furioso”.

Y la furia de los elementos hundió para siempre en el abismo de los mares la nave teutónica que había hecho escala ante el islote paradisíaco.

Capítulo IV

Sensibilidades

Humberto Lezama, marqués de Ferjus por privilegio materno de nacimiento, escuchaba con arroba las poesías bucólicas de Ronsard, el vate francés de los poemas saturados de rítmica eufonía.

Mireya de Ferjus, a la luz de los candelabros, mostraba toda su dulce belleza de Madona, mientras leía para su hijo.

Era ya anochecido, y en la casa de troncos construida sólida y rápidamente por los tripulantes del “Aquilón”, no se oía otro ruido que la voz femenina modulando las rimas.

Terminó de leer una estrofa, y se detuvo al ir a iniciar la lectura de la siguiente, intitulada “En tu oído, mi amor...”.

—Debió ser un gran hombre ese poeta—dijo Humberto.

Sus cabellos castaños enmarcaban un rostro reflexivo, delicado. Veíase en el dibujo de sus labios y en la vibración de las aletas de su nariz, que su temperamento era en extremo sensitivo.

Había crecido “en altura y no en anchura”, decía “Cien Chirlos”. Sus miembros, bien proporcionados, no tenían robustez. Pero era alto, y el hábito de sumirse en meditaciones conferíale un aspecto mayor que el de sus años.

Mostraba una decidida afición a vestir ropajes vistosos, abundantes en encajes, y era de una limpieza escrupulosa, lo cual disgustaba secretamente a su padrino, el corcusido don Marcelo.

Mireya de Ferjus adoraba a su hijo, hallándolo colmado de perfecciones... Al cerrar el libro, ella acarició los cabellos del que ahora se reclinó contra sus rodillas.

—Ronsard odiaba la violencia. ¡Como yo!...

—Los caballeros de genio violento son también poetas a veces, hijo mío. Sólo que en sus manifestaciones procuran ocultarlo.

—Yo sé lo que ocurre, madre. Soy la... decepción de... “él”.

Mireya de Ferjus miró can cierta pesadumbre al que hablaba con tanta vacilación. Humberto ocultó el rostro en el regazo materno.

—Quiero hablar, madre, ahora que "él" está lejos... Odia mi violín, odia mis modales, odia mi forma de vestir...

—Calla, niño—reprochó ella, contrita—. No debes hablar así. Tu padre nunca odió a nadie... Mucho menos iba a experimentar hacia ti este sentimiento mezquino. Lo que sucede, es que tu padre gustaría de verte esgrimir, nadar, pelear...

—¡Odio la violencia!

—No emplees esta palabra fea... Cuando seas mayor, comprenderás que todo caballero, por fuerza de la vida, debe emplear armas para defenderse.

—"Él" sólo goza peleando.

—No puedes comprenderle, Humberto. Pero te ruego, y si te obstinas te lo exijo, que cuando a tu padre te refieras le des el tratamiento que le pertenece por haberte proporcionado la existencia.

—Yo soy entre vosotros dos... el obstáculo. Lo presiento. Antes de yo venir al mundo, nunca discutíais. Yo...

—Tú hablas de cosas que ignoras. Y puesto que estás en vena de confidencias, deberías confesarte que incurres en un error al no abordar a tu padre directamente y contarle lo que piensas. No debes soslayar las situaciones, ya que sabes que le agradaría oírte expresar con franqueza. Es un caballero que vivió muy pronto vida de hombre, y no comprende bien el alma de un adolescente, pero adora la franqueza. ¿Por qué no le hablas claramente?

—Me da miedo.

—Eso es una tontería, Humberto... ¿Miedo de tu padre?

—Todos le temen.

—No es eso. Ha tenido que imponerse, pero es bueno, cariñoso y comprensivo.



—¿Miedo de tu padre?

—Se burla de "messire" Niccolo Pavolini, mi maestro.

—Pero son chanzas amables. Tu mismo maestro lo reconoce.

—Le teme. Se ríe forzadamente.

—Si tu padre hubiese sido el ogro que pretendes, no habría permitido que tu maestro continuara dándote clases de violín.

—¿Por qué no le dejó venir?

—Hemos venido a estarnos unos días libres de toda relación.

—¿Por qué me dió por acompañante a ese hombre brutal que vigila allá en la roca?

—Es un maestro de armas, que tiene que enseñarte el arte de los caballeros: la espada.

—Yo sólo quiero oír las melodías de las cuerdas de violín y las poesías de los que supieron comprender que la razón de vivir está en las cosas artísticas.

—Hablas, como un pedantuelo, hijo mío—sonrió Mireya—. Verás, yo creo que, al igual que hay enfermedades por edades y épocas, hay también sensibilidades por épocas. Hoy te gustan las poesías y el violín... Mañana te gustará el cabalgar y los ejercicios propios de quien eres. Porque eres el hijo del conde Ferblanc. Y oyes hablar de él en Puerto Colombia como el héroe humano, valiente y generoso.

—Siempre piensa en el "otro". Yo siento que nos compara. Lo leo en su mirada...

—¡Calla! Este pensamiento es indigno, Humberto. Su primer hijo murió, y él sólo te quiere a ti, porque eres mi hijo. Pero aun suponiendo que a veces os comparase, esto es natural. Debes, pues, intentar parecerte a tu hermano Carlos, que desde muy niño mostró afición por los ejercicios corporales.

—Tú misma dijiste que te gustaba que yo fuera como soy.

—Sí..., pero debes intentar complacer a tu padre. Además, no debemos discutir esto. Día llegará en que sabrás comprenderlo.

Se calló, porque retumbaban en la lejanía explosiones. Humberto de Ferjus tendió el oído, y una sonrisa triste vagó por sus labios.

—La tormenta... La tormenta que desencadena mi padre por donde pasa. Para él no hay más fuerza que la de la brutalidad...

—Al servicio de la buena causa, Humberto. Intenta comportarte mejor. Me disgusta oírte expresar así.

—¡Yo nunca seré un bruto como don Marcelo!

—Tu padrino no es un bruto. Es un hombre fuerte, endurecido en la lucha, pero para acunarte tuvo delicadezas que no puedes ni sospechar. Un día llegará, que constantemente lo pido, en que tú aprecies en toda su valía a hombres como el que te ha dado el ser y como el que es tu padrino.

—Que tu ruego sea oído, porque a ti no quiero causarte pena nunca. Y ahora, iré a dormir. Quiero despertarme pronto. Pasear por estos sitios desiertos me inspira, aunque tengo ya deseos de verme entre mis amigos de Puerto Colombia.

Besó a su madre, y, al quedar ésta sola, miró alternativamente el libro de poesías cerrado y la panoplia que en el tabique sostenía dos espadas cruzadas.

Se instaló más cómodamente en el sillón, donde aguardaba los regresos del Pirata Negro, y se durmió pencando en las dos sensibilidades hoscas de los dos seres que eran todo su amor: su esposo y su hijo.

* * *

"Cien Chirlos" asintió vigorosamente cuando, al amanecer y en cubierta del "Aquilón", recién llegado el Pirata Negro de su expedición, éste dijo:

—No hay buen repose sin un poco de lucha, ¿no, guapetón?

En el cielo del amanecer había negros nubarrones presagiando cercana tormenta.

—A veces tengo hartura de ser el conde Ferblanc, don Marcelo. Como me supongo la tendrás tú de tanto campamento y tanto soldado. Un año hace ya que la Legión del Mar está organizada, y el Caribe está saneándose demasiado. Haría falta algún pirata de talla para entretenernos. Aunque quiera, no puedo impedirme de pensar que tengo una cadena al cuello.

—Eres, señor, el jefe de la Legión del Mar.

—Sí..., pero empiezo a aburrirme. Bien, hablemos de otra cosa. Da órdenes para que anclen el velero en la cala. Nosotros iremos andando hasta la casa.

Ya en tierra, "Cien Chirlos" acompasó su zancada a la de Lezama.

—Por cierto que no te leí la última carta del señor Lucientes. Era graciosa. Resulta que un aventurero, al parecer genial, fingió amores a la muñeca Gaby... No logro comprender cómo el señor Lucientes no mató al osado, un tal Cheij Khan, árabe-español. Lo que parece, es que tanto el que fué mi lugarteniente como su hija, van de nación en nación, y tras ellos anda el Cheij Khan, que el diablo confunda. ¡Eso de ser padre es un problema, guapetón! De nosotros tres, el señor Lucientes, tú y yo, has resultado el más

listo..., ya que sigues soltero.

—El más torpe, señor..., porque sólo he conocido afecto de amistad. Y no tengo hijo en quien extasiarme.

—¿Sabes que cada día progresas más? Esa palabreja de "éxtasis" queda muy bien.

Surcó un relámpago el cielo y algunos goterones empezaron a caer.

—Tormenta de febrero, don Marcelo. Avivemos el paso, que las mojaduras sólo me complacen a bordo.

Varios truenos se escalonaron. A medida que se acercaban a la casa hacíase más audible el sonido de unos arpegios.

Por dos veces miró el Pirata Negro a su lugarteniente, pero "Cien Chirlos" parecía abismado en la contemplación de sus pies.

—¡Maldita sea! ¿No quieres violín, alma mía? Pues toma violín apenas amanece.

—Es hermosa la música, señor...— murmuró débilmente el aragonés.

—Me da dolor de muelas. Me tomo un descanso de quince días mientras reorganizaba bajas, y decido venir aquí, dejando allá al italiano rascatripas. Supuse que Humberto dejaría descansar los dedos..., y ya lo estás oyendo... Como decía el señor Lucientes: "¿No quieres caldo con cuchara? Pues toma sopa con embudo".

—Eso pasará, señor.

—¿La tormenta?

—El violín. Es como dice tu esposa, algo parecido a estas enfermedades que los niños al ir creciendo tienen.

—Es que esta enfermedad lleva trazas de convertirse en crónica. Dime: ¿ha peleado él alguna vez con otro muchacho?' Nunca... ¡Lo que son las cosas! Al señor Lucientes le sale una mocita que maneja el pincho como un mosquetero y galopa como un centauro... y yo estoy oyendo cada serenata de violín que me tiemblan los tímpanos. En fin, esperemos que esta damisela... se hará hombre. Vete a la cocina a ver si estoy allí, que mientras iré a escuchar de más cerca al talento de mi niño...

Humberto de Ferjus tocaba absorto. Nada existía a su alrededor. El ruido de la tormenta le inspiraba, y estaba improvisando...

Elevada la vista, pensativos los ojos, parecía precozmente viejo... De pronto, su arco quedó en el aire y su rostro mudó dé expresión.

Estaba viendo la sonrisa del que ante él, cruzados los brazos, arqueaba las cejas irónicamente.

—¿Cesó la tormenta, Humberto?

—Buenos días. Me despertó el fragor... y sentí deseos de-acompañar con música la melodía de... la Naturaleza.

—Y un tambor, ¿qué tal, eh? O, si quieres, un cornetín... Atiende, mocito: ya sabes que yo no me opongo a que el árbol dé frutos. Si crees que el violín es el instrumento que mejor cuadra a tu actual sensibilidad, yo respeto tu creencia, porque, pese a lo que puedas pensar, yo tengo una gran amplitud de miras. Pero si tú ves que yo, aunque el violín personalmente no me haga mucha gracia, te lo permito y te consiento un maestro, ¿por qué tú no me permites y consientes el capricho de querer hacer de ti un hombre, ya que tú sabrás ser un artista? Habla, hijo... Claramente. Tienes un cerebro muy argüidor... si lo quieres.

—Yo... detesto la violencia.

—¡Ah!... ¡Tate! ¿Y qué entiendes por violencia?

—Pelear.

—Si en la vida todo fueran tocatas de violín, bien estaría. Pero con este instrumento por arma, poco adelantarás, hijo.

—Soy marqués de Ferjus... y mis amigos son todos gente que odia la pelea.

Humberto de Ferjus hablaba lívido el semblante. Era la primera vez que se atrevía a decir lo que acababa de expresar.

El Pirata Negro descruzó los brazos para apoyar los puños en sus caderas. Mordióse el labio inferior, guiñando un ojo.

—¡Bien! Deberé marcar esta tormenta con rayas de oro en el calendario de nuestra vida, hijo. Al menos por vez primera has usado conmigo una franqueza de hombre. Has dicho que eres marqués de Ferjus. Un bonito título que tu madre y cuantos la antecedieron supieron llevar muy bizarramente. Si tuviera yo la certeza de que tocando el violín nada empañaría el blasón de los Ferjus, no te insistiría tanto. Mira mi cinto, Humberto. Eso que detestas, la Vida te obligará a emplearlo.

—¡No, padre! Yo no quiero pelear.

—Si no se trata de si quieres o no. Estamos hablando de hombre a hombre, ¿no?

—Sí, padre—dijo el muchacho, animosamente.

—Entonces, vete pensando en que, cuando seas algo mayor, toda la poesía que hoy susurras cantará en tu corazón cuando pase por tu lado la mujer que el Destino te haya elegido.

—¡Yo no quiero ni querré a más mujer que a mi madre!

—Sentimiento que alabo, y ojalá con este sentimiento bien anclado en el pecho murieras a los cien años, sin haberte separado de las faldas de tu madre, de la cual tengo el honor de ser yo tu rival en amores. Pero no podrá ser así... Hallarás una prometida, que será tu esposa. Si algo a ella le sucede, tendrás que salir en su defensa. ¿A golpes de violín? Por eso quisiera que fueras examinando las espadas, con menos ascos.

—El color de la sangre me da vértigo, padre. Te lo confieso... aunque me desprecies.

—¡Imbécil conclusión! Yo no puedo despreciar al hombre que habla con sinceridad. Dices que el color de la sangre te da mareos. También a mí me los dió... cuando era mocito... Eso pasará, como canturrea tu padrino. Y, ya que estamos el uno frente al otro, permíteme tener la esperanza de que algún día me darás la alegría de confesarme que el color de la sangre te parece muy rojo, de un granate vivo... ¡De vida! Que bien quisiera yo, hijo, que en la existencia todo fueran tocatas de violín. Bien, si quieres, síguele dando a las cuerdas.

—Iré a pasearme, con tu permiso.

—¿Desayunaste ya?

—No tengo aún apetito.

—Ah... Bueno, hasta luego.

Salió el muchacho de la estancia con el violín bajo el brazo y el arco enhiesto en su mano.

El Pirata Negro quedóse rezongando:

—El color rojo me marea... No tengo apetito... Sólo me gustan los encajes... No me enamoraré... ¡Mil rayos! ¿Qué he hecho yo para que me larguen un hijo que va camino de ser una damisela musiquitas?

Mireya de Ferjus entró corriendo, y, sin pronunciar una sola palabra, abrazóse estrechamente al Pirata Negro.

—¡Tate!... Si me fui al anochecer de ayer, señora marquesa... ¿A qué viene este delicioso abrazo titánico?

—Gracias— musitó ella.

—Yo a vos, fermosa dama, por vuestra caricia.

—Yo a ti, pirata, por el arte con que acabas de hablar a nuestro hijo. Os estuve escuchando. No me atreví a entrar... para que mi presencia no os cohibiera. Yo... yo tengo la culpa de esto.

—¿De qué tienes tú la culpa?

—Cuando en mi ser alentaba la vida de Humberto, rogué encarecidamente que nuestro hijo no fuera... violento. Temía pasar como madre los temores que como esposa me producen tus ausencias.

—¿Lloras, Mireya? Déjame ser poeta y en rimas ripiosas rogarte quiero que recojas el tesoro de perlas que desparramas. ¡Nuestro hijo nos une! Solos los dos, naufragaríamos en un mar de quietud. No debe preocuparte la sensibilidad del mocito... Crecerá... y el día que rompa su violín en las costillas de su maestro... creo que me voy a emborrachar de satisfacción... Anda, levanta el rostro, y déjame secar tus lágrimas con mi cariñoso bigote. Esa sonrisa es como un arco iris de paz, Mireya. No merezco la dicha de tener una esposa tan única.

—Yo quise para él un hogar... y tú te has encadenado por nosotros.

—Las cadenas del conde Ferblanc honran al Pirata Negro. No se os olvide, señora. ¿Crees tú que en mis rebuznos de protesta hay rencorcillo?

—¡Sé bien que no!

—Lo que me sucede es que soy como el asno con su pesebre colmado, o como Diego Lucientes, que me escribe diciendo que se aburre ya de ser tan rico. Pero son nubecillas... Y hablando de nubecillas, ese vaho a café que acaricia mis narices me hace sentirme prosaico. Vamos a donde espera don Marcelo impaciente. Desayunemos prosaicamente..., que día llegará en que Humberto descienda a las realidades vulgares. En el fondo, si logra el milagro de que su vida sea siempre poesía y violín, le envidiaré, y le erigiremos un monumento.

Cuando, enlazados por la cintura, entraban ambos en el aposento donde “Cien Chirlos” vertía ya el humeante café en las tazas, Mireya de Ferjus dijo:

—Contigo, él no necesita espada al cinto, Carlos. Nadie osará tocar al hijo del conde Ferblanc.

—Un día calzaré zapatillas y reumático y gotoso me sentaré en sillón de ruedas. Tendrá él que calzar mis botas. ¡Y lo hará! ¿No es cierto, don Marcelo?

—¡Lo hará! ¡Sí, señor! ¡Lo hará, voto al…! Perdonad, señora. He vertido un poco de café.

—Eres un zorro cazurro, aragonés. Te excusas por el café, para encubrir el voto que ibas a lanzar. Dicen por Puerto Colombia que eres un magnífico ejemplar de maestro de ceremonias cuando presides los relevos.

—Podéis desfogaros—intervino ella. —Vinimos a descansar. Yo sé que a ti te crispa el vello, según tu expresión, el llegar a casa y encontrar las esposas de los capitanes de visita…

Los comentarios con los que Mireya de Ferjus satirizó la forzada contención social del conde Ferblanc hicieron que el propio “Cien Chirlos” riera hasta que lagrimones rodaron por sus mejillas.

Al terminar, suspiró Lezama.

—Esto es disimulo, Mireya. Pretendo aborrecerlo, pero en el fondillo de mi casaca me halaga mucho la cantidad de zalemas que me tributan. Es una venganza de pirata soberbio. Bien, pronto volveremos allá. La culpa la tengo yo, por valer demasiado y ser el único jefe posible para acaudillar a la triunfante Legión del Mar.

SEGUNDA PARTE

EL VIOLIN ROTO

Capítulo I

El campamento de los gorriones

En el ancho delta del río Orinoco, muchos de sus meandros, donde se entrelazaban en vastos laberintos los arroyuelos, pantanos y las húmedas zonas boscosas, eran extensiones inexploradas que desde las andanzas de los primeros conquistadores no habían vuelto a ser holladas por plantas humanas de blancos.

Eran regiones donde pululaban los ventrudos saurios que, revolcándose en el cieno, durante el día, acechaban por las noches la llegada de sus presas, que venían a hozar las fangosas aguas en busca de linfa clareada, que obtenían acercándose a las cascadas.

Los mismos indígenas del interior, cuando necesitaban ir hacia el mar, para negociar sus productos con los colonos establecidos en los poblados costeros, evitaban escrupulosamente el paso por aquellos intricados parajes, y, al igual que los españoles, abríanse ruta por las riberas y el gran curso central del río.

Fue a principios del año 1722 cuando una extraña caravana, montada en resistentes mulos emparejados de dos en dos, y llevando entre ellos parihuelas de cáñamo trenzado, se abrió paso por la región occidental del delta, que era la más peligrosa, totalmente inhóspita y nunca cruzada por los viajeros.

Las parihuelas contenían bultos voluminosos recubiertos por mantas y el conjunto de la caravana lo componían ocho hombres y dos mujeres.

Distanciados de la caravana, y montados en sendos caballos de tiro, de anchas y lustrosas ancas, iban dos personas, formando un contraste detonante.

El más adelantado era un robusto sujeto de cráneo rapado recubierto por un amplio sombrero de paja. Vestía holgadas ropas blancas, sin más armas que una larguísima lanza, que apoyaba en su

hombro, llevando terciado al otro hombro un escudo redondo.

Detuvo su caballo y, quitándose el sombrero dióse aire con él. De su rapado cráneo cayeron entonces, como un blando paquete que hasta entonces llevaba oculto bajo la copa picuda del sombrero, dos largas trenzas, anudadas en anillo, que quedaron ahora colgantes a ambos lados de su nuca, formando arco final a mitad de su espalda.

—Esos condenados pigmeos son tardos—dijo en castellano de extrañas cadencias.

—Desbrozar selva virgen es labor ardua, Balbino—replicó el otro jinete, que, vestido también con amplios ropajes blancos, no revelaba su sexo más que por la voz y quizá por la fragilidad de su figura.

—Un velo transparente rodeaba el rostro femenino, cayendo de las alas del ancho sombrero de paja.

Las manos que sostenían las riendas estaban enfundadas en toscos guantes de piel sin curtir.

Marisol Gorrión cuidaba extraordinariamente la blancura de su tez y la finura de sus manos.

Al igual que el otro jinete, llevaba lanza y escudo. Señaló con la lanza a un punto lejano frente a ellos, donde percibíanse cuerpos desnudos y terrosos, alzando y abatiendo machetes con los que segaban lianas y arbustos, abriendo paso en la selva.

—Sin ellos, Balbino, nos hubiéramos perdido en estos dédalos.

También la vez de ella tenía un extraño acento de cantinela.

—No nos ayudan por amistad, Marisol. Les pago con buen oro español y hermosas onzas peluconas.

—No bastaría, Balbino, si no fuera que te tienen gratitud, porque los salvastes de una muerte segura. Eran “cortadores de cabezas” y...

—Lo siguen siendo. Fingen ahora ayudarnos, pero cuando yo decida desmontar y empezar a instalar campamento, aprovecharán la primera ocasión propicia para degollarnos a todos. No es gratitud lo que les hace servirnos de guías a un sitio donde nadie pise, sino la espera del pago.

—Lo tendrían más copioso, Balbino, si nos hubieran degollado ya desde que estamos en marcha.

—¿No comprendes que ellos también tienen interés en alejarse

lo más posible del último escenario de sus crímenes? La justicia española les buscará, pero no por aquí. Por eso he ordenado que, apenas dé yo la señal de acampar, mis hombres lancen a esos pigmeos salvajes.

—Salvaje vida la que llevamos, Balbino—y había cierta entonación melancólica en el resignado comentario.

—Un año de estancia aquí y todo terminará, Marisol. Seremos ricos, inmensamente ricos. Alternaremos con los grandes y los potentados. Hoy eres doña Marisol para mis gorriones. Dentro de un año, o antes, serás doña Marisol en las cortes europeas. Y casarás con alto dignatario, noble y... ¿Qué querrá ahora ese pigmeo?

—Es Coyir, el jefe—dijo Marisol, mirando amistosamente al salvaje araucano, que al llegar ante los dos caballos hizo una honda reverencia ante la muchacha, para después alzar la cabeza y mirar fijamente al hombre de las trenzas.

Y en dialecto araucano, habló con dignidad y lentitud:

—Mis siervos abrieron camino y termina con su labor, blanco Balbino... Han llegado ya sus machetes al lugar que te indiqué, y donde podrás residir sin temor a los blancos ni a los indígenas, como te prometí. He cumplido mi deber de gratitud y te prometo que nadie de mi tribu os hará daño. Ahora, nosotros, seguiremos otro camino. Me despido y deseos tengo de que halléis paz y reposo en este lugar.

—¿Vas a irte sin tomar con mis gorriones el vino de la amistad? —inquirió Balbino Gorrión, mestizo de india araucana y soldado español.

—Mis siervos y yo lo beberemos por amistad a tu reina hermana, que fué buena y curó a mis siervos enfermos.

Inclinóse de nuevo el araucano ante el caballo montado por Marisol Gorrión, y ceñido tan sólo por el taparrabos, untados sus miembros con aceite de piteras, alejóse majestuosamente, erguida su corta estatura, y logrando dar a sus pasos empaque arrogante.

Era uno de los principales jefes de las tribus que pululaban por los ámbitos del afluente Arauca, y, debido a una matanza que dirigió, asolando a otra tribu, y de la cual sólo habían quedado once de sus hombres como supervivientes, había sido encarcelado por los españoles, para ser juzgado por el tribunal Virreinal de Maracaibo.

Pero Coyir, destinado a ser conducido al cadalso, escapó a su

suerte, porque en la misma cárcel estaba Balbino Gorrión, el famoso maleante, jefe de una cuadrilla de ladrones y salteadores de caminos.

Balbino Gorrión, mestizo venezolano, había caído preso de resultas de una arriesgada visita que hizo al Centro de Contratación y Moneda de La Guaira, en cuyos subterráneos permaneció oculto dos días y dos noches, hasta que, sorprendido por unos soldados, y prontamente identificado, pasó a la cárcel.

Devanábanse los sesos en la ciudad para tratar de adivinar cuál era el propósito del famoso bandolero al esconderse en las cavas de la Fábrica de Moneda.

Interrogado, había replicado que pensaba saquear cuando hubiese tomado "bien las medidas" a los pasadizos y vericuetos del edificio. Extrañó al juez que para tal misión no hubiera mandado a uno de sus hombres, en vez de arriesgarse personalmente.

Pero no llevando más adelante el interrogatorio, ante la pertinaz insistencia de Balbino Gorrión en reiterar la misma respuesta, decretó que, junto con Coyir y los restantes "cortadores de cabezas", fueran trasladados a la cárcel de Maracaibo, por ser ambos presos de gran categoría.

En la celda, Balbino Gorrión y Coyir hablaron extensamente. Sobre todo el mestizo venezolano.

Al anochecer del día en que había sido hecho prisionero Gorrión, la cárcel fué asaltada por su cuadrilla, quienes redujeron a la impotencia a los soldados de vigilancia.

Coyir, por la libertad, había aceptado conducir al jefe bandolero y a su cuadrilla a un paraje desierto y seguro del meandro del Orinoco.

Y había cumplido. Gracias a él, quedaba sorteado el peligro de la tribu de "cortadores de cabezas".

En cuanto a Balbino Gorrión, había logrado lo qué se había propuesto en su visita a las cavas donde se troquelaban las onzas de oro virreinales...

Ahora estaba en condiciones de llevar a cabo su idea. En las parihuelas iban los utensilios necesarios que habían motivado su estancia de dos días con sus noches en la Casa de la Moneda de La Guaira.

Una estancia que habría tenido muy mal fin a no ser por la

intervención de sus cuadrilleros, que, arengados por su hermana, atreviéronse a asaltar la cárcel.

Balbino Gorrión picó espuelas y, seguido por su hermana, llegó hasta el sitio donde los araucanos habían ultimado su labor de ir abriendo camino por la tupida vegetación.

Agrupábanse los indígenas tras su jefe, y éste, con orgulloso ademán, señaló el claro del bosque en su ribazo junto a la cascada que caía de peñascos, aclarando el agua del arroyuelo.

—Este es, blanco Balbino, el lugar que te conviene para que nadie turbe la soledad de los tuyos.

—¡Qué hermoso!—exclamó, maravillada, Marisol Gorrión.

Después de aquella larga caminata por intrincados laberintos, donde sólo los machetes de los araucanos lograban abrir paso, resultaba encantador el contemplar aquella especie de gruta natural, amplia y endoselada por grandes arbustos de flores olorosas, que tamizaban la luz del sol sobre el verde suelo de hierbas.

El arroyo formaba a modo de linde, y a su otra ribera empezaba de nuevo la selva virgen.

—Aquí podrás, blanco Balbino, instalar tu campamento, sin que nadie venga a turbar tu tranquilidad de jefe de tribu. Yo y mis hombres, seguiremos camino hacia el mar.

—Ahora, en señal de paz y eterna concordia, jefe Coyir — dijo Balbino Gorrión, apeándose—, beberemos el vino de la amistad. ¡Porfirio!—llamó el jefe bandolero.

La caravana habíase ya aproximado. Uno de sus componentes acudió, descabalgando del mulo, al oír la llamada de su jefe.

Era un mestizo de cobriza piel, largos bigotes aceitosos y mirada oblicua y huidiza. Llevaba, al igual que su jefe y que todos los demás, las largas trenzas formando arco a su espalda y saliendo de su cráneo rapado en su totalidad, menos en el arranque de las dos trenzas.

—Trae las copas y el odre de buen vino, Porfirio—ordenó Balbino.

Éste regresó poco después, trayendo en saco de piel copas que fué distribuyendo a Balbino, Coyir y Marisol.

Llenó las tres copas, sosteniendo bajo el sobaco el odre repleto de mosto. Balbino alzó la suya, llena hasta los bordes.

—Brindo por tu larga vida, jefe Coyir— y apuró la copa.

—Brindo por la felicidad de tu reina hermana, blanco Balbino— replicó el auracano, bebiendo con evidente placer el sabroso vino.

—Ya que los jefes han bebido, que lo hagan los vasallos—y a una señal del mestizo venezolano, Porfirio fué distribuyendo copas vacías entre los araucanos y después entre los componentes de la caravana.

Y fué rellenando con el odre todas las copas. Cuando todos hubieron bebido, recogió de nuevo Porfirio las copas y, a medida que las iba colocando en el saco, donde los metales tintineaban a su paso, una sonrisa siniestra bailaba en la comisura de sus gruesos labios.

Secretamente admiraba el “ingenio” de Balbino Gorrión, que había planeado tan astutamente el exterminio de los araucanos.

Fué Coyir el primero en desorbitar los ojos, llevándose angustiado las manos a la garganta. De su diestra cayó el machete, mientras se contorsionaba, como debatiéndose contra algo que le arañaba cruelmente en el estómago y en la garganta.

Marisol Gorrión, ignorante de lo que sucedía, descendió de un salto de su caballo, para acudir en auxilio del que para ella, incomprensiblemente, se debatía, quizá picado por algún reptil o insecto dañino.

Balbino Gorrión la detuvo imperiosamente por el brazo. Ella tenía un gran respeto por su hermano mayor.

Fué tan sólo cuando, al caer al suelo Coyir, azulado el semblante, y contorsionarse sus hombres, cerrados los ojos y con sudores de agonía, presentando los mismos síntomas que su jefe, que empezó Marisol a sospechar que algo monstruoso estaba sucediendo allí.

La afirmó más en su sospecha ver la siniestra risa de Porfirio, el silencio asombrado de los demás mestizos y la sinuosa sonrisa de Balbino Gorrión.

Pero era tal la disciplina de acatamiento con la que había crecido, que dominó sus deseos de gritar, y, volviendo el rostro, no quiso ver el macabro epílogo del envenenamiento.

Oyó las risotadas de Porfirio comentando que el odre tenía dos bocas y dos pellejos, en uno de los que estaba el vino envenenado con el zumo de la pitera “Myrtia”, que paraliza los miembros e

impide toda resistencia.

Y era un excelente engaño, porque las dos bocas del odre estaban tan juntas, que, manejadas por dedos expertos, nadie podía darse cuenta.

Marisol, pese al respetuoso temor que sentía por su hermano, preguntó tenuemente, cuando estuvieron adentrados en el claro, y lejos de los cadáveres de los araucanos:



Clavó Balbino su lanza...

—¿Por qué, Balbino? Habían cumplido. No nos querían ningún daño. ¿Por qué, Balbino?

—Eran un peligro.

—Nunca nos hubiesen atacado.

—No era por eso. Tarde o temprano habrían caído en poder de los españoles y habrían confesado nuestra guarida.

Y, apartándose de su hermana, Balbino Gorrión avanzó hacia el grupo de los que habían ya desmontado sus mulos.

—Henos ya en la tierra donde permaneceremos un año a lo más, gorriones. Al término de ese tiempo habremos dejado de ser los gorriones. No hemos venido aquí para planear pequeños robos y

peligrosos salteamientos. Pronto veréis toda la riqueza que nos espera... trabajando con ahinco. Y ahora elevemos el campamento tal como os indiqué y expliqué por el camino.

De una de las parihuelas sacaron los hombres hachas, sierras, picos, azadones y espuertas de esparto.

Clavó Balbino su lanza en un lugar. Después, andando, iba cogiendo las lanzas de los restantes de su cuadrilla, clavándolas en otros lugares.

Cuando quedó formado un extenso cuadro de lanzas, los picos empezaron a horadar una ancha zanja. Otros con las hachas fueron a abatir troncos, que eran aserrados en grandes vigas.

Con la tierra sacada de la zanja, y metida en las espuertas, otros formaron una masa rociándola con agua del arroyo y blanca arcilla.

Una alta empalizada fué elevándose con una sola entrada de acceso. En el interior del campamento cuatro chozas rodearon la mayor, construida para Balbino Gorrión y su hermana.

En esta choza un amplio hoyo abierto en su centro conducía al subterráneo, donde el propio jefe bandolero había ido disponiendo los extraños utensilios: balanzas, troqueles, hornillos, pequeñas prensas de grabar...

Y entonces les explicó la tarea, brillantes los ojos de codicia. Una mezcla de plomo fundido, recubierta de polvo de oro, que extraerían del lecho del arroyuelo, que traía las aguas de aluvión de los montes, y grabada con las figuras de las onzas virreinales les permitiría acumular grandes cantidades de monedas.

Y, llegado el momento oportuno Balbino Gorrión designaría a los que deberían encargarse de ir colocando el caudal de monedas falsas.

Capítulo II

Una dama insincera y una dama gruñona

El almirante Juan Diéguez, jefe supremo de las fuerzas navales españolas destacadas en la zona norteña sudamericana y el Caribe, saludó con gesto amable al que acababa de entrar en su despacho de la Jefatura de la Legión del Mar.

—Bienvenido, conde Ferblanc. Como siempre, me es grato tener la ocasión de charlar unos instantes con el mejor de mis capitanes. Tornad asiento, y entremos al abordaje.

El Pirata Negro obedeció, instalándose frente al almirante, que señaló a sus espaldas un mapa en relieve del mar Caribe y el perímetro antillano.

—Por lo que respecta a la Legión del Mar, todos mis plácemes. Opera con gran tino, gracias a vos, y siembra el desconcierto entre los maleantes del mar, que ya no saben a qué atenerse y desconfían hasta de sus propias sombras, temiendo siempre infiltraciones de vuestros hombres, los que, gracias a su aspecto, antiguas costumbres y afanes de pelea, semejan auténticos perdularios. Todo es congratulación... ahora. Recuerdo que al iniciarse esta organización, me tildaron de loco y me presagiaron graves catástrofes, siendo la menor la de que vos pretendierais haceros el dueño del Caribe al disponer de una fuerza aguerrida y que os es fiel.

Hizo una pausa, volviendo a señalar el mapa.

—Saben ya en la corte de Madrid que en este espacio, donde antaño reinasteis como el Pirata Negro, sois hoy jefe como conde Ferblanc. Gracias a vuestra distribución en tres destacamentos de dos naves, una de ellas como enlace y la vuestra como inspectora, va limpiándose el Caribe. Os reitero, pues, mis felicitaciones. Podéis hablar... a Juan Diéguez a secas.

—Al almirante mi satisfacción por complacerle como conde Ferblanc. Y ahora, como presumo, sin dármelas de psicólogo, que este exordio halagador precede a un puñado de ortigas, entremos, pues, al abordaje. ¿Qué nuevo delito inconscientemente he cometido?

—A decir verdad, no son delitos..., pero sí ex abruptos de pirata.

—Entiendo de esto. Estudiémoslos.

—Vos efectuáis rondas viajeras a bordo el “Aquilón”, planeáis los ataques, los dirigís cuando son de envergadura y resolvéis cuantas reclamaciones o actos de justicia se presenten en vuestras periódicas visitas a sus destacamentos.

—Este es mi deber de marino.

—No obstante, en vuestro último arribo a Puerto Colombia apaleasteis a un escribano.

—Tal hice porque el bellaco pedía tunda a gritos.

—Según tengo entendido, se limitó a presentaros la relación de los casos en que vos debíais ser juez.

—Ahí está la insolencia. He consentido en ser conde Ferblanc, porque lo soy por herencia; navego bajo pabellón naval legítimo y consiento en acatar las disposiciones vigentes. Pero considerad que juez por oficio ni por orden, no es oficio que me cuadre ni orden que me siente. Tengo un cordial sentimiento de repugnancia hacia los jueces.

—En Puerto Colombia hay tres hombres que detestan la labor de juez, porque cuando juzgan lo hacen por espontáneo imperativo de su alma. Y, no obstante, dos de ellos acatan órdenes de Madrid.

—¿Quiénes son esos dos jueces a la fuerza?

—Yo, uno de ellos; el otro, el coronal Carrasco, jefe de los Tercios de nuestra infantería. Vos tenéis que ser el otro, porque nosotros tres somos los jefes más calificados. Vos estáis destinado a juzgar de los delitos que incumben a la jurisdicción de la Legión del Mar.

—Yo no me enrolé para calarme antiparras, toser como un asno sabihondo, soplar hojas de códigos y sentenciar. Cuando juzgo a alguien, lo hago a mi modo.

—Os notifico que no llevo antiparras, toso sólo cuando estoy acatarrado, y para el manejo del código cedo el derecho a este trabajo a mi secretario relator. Y acepto ser juez porque, si puedo

interpretar con humana ternura el código, lo hago. Y si estimo que el código se muestra benévolo, ahorco. Para eso quiero que, cuando os toque por turno ser juez, lo seáis. Porque deseo tener la certeza de que, aunque os asista un secretario relator, vos aplicaréis justicia en forma humanamente angelical.

Y como si su última frase complaciera al almirante, éste juntó las yemas de sus dedos.

—¿Humanamente angelical? ¿Y por qué no diabólicamente celestial?

—Viene a ser lo mismo. Sólo los diablos que mucho han pecado están en condiciones de entender de pecados. Y a buen entendedor, con pocas palabras basta. Cuento, pues, con que esta mañana iniciaréis con vuestro secretario relator las funciones que os pertenecen, porque sabéis ya que ser juez es a veces muy noble función, señor pirata.

—Estoy en el saco de vuestra merced. ¿Queda algo más?

—Esto es más delicado. Tenemos obligaciones, cuando llegamos a ocupar determinadas posiciones. Antes podíais escupir por el colmillo, alzar el cinto, dar puntapiés y poneros por montera la peluca de un general. Hoy sois jefe de la Legión del Mar...

—Preveo la andanada. ¿Mis deberes sociales?

—Exacto. No se os reprochan vulgaridades. Todo lo contrario. Se comenta que sois de una cortesía tan... tan extremada, que vuestros visitantes se dan perfecta cuenta que los estáis maldiciendo en el fondo.

—Pero no me oyen. ¿No tengo derecho, cuando arribo a mi hogar, a quedarme el santo día y la pecadora noche a solas con quien me plazca escarbando si me apetece?

—Siempre invocamos nuestros derechos, y olvidamos nuestras obligaciones. También yo, estando en zapatillas, me encuentro muy a gusto, pero tan pronto me anuncian una visita, gruño a solas, calzo mis botas y salgo a recibir al importuno. ¿Que soy en extremo paciente? No, conde Ferblanc. Escuchadme una alegoría. Si cuando estáis cómodamente en vuestra casa os anuncian la visita del almirante Diéguez, decidle al lacayo que me vaya al diablo..., que ya nos entendemos vos y yo. Lo podéis hacer, porque por grado os soy superior. Pero todos los que nos visitan son socialmente considerados en categoría inferiores. Por tanto..., sacad la

conclusión.

—Tenéis una forma de presentar la al cosas, que convenceríais al más reacio. Os prometo ser buen chico y no tener ya malas notas, señor maestro. Y ahora, excelencia, ¿tenéis algo más que ordenarme, o tengo vuestra venia para pasar a la sala donde esperan al juez?

—Sacad otra consecuencia, apta para reír discretamente. Antes, si entrabais en sala donde había un juez, era para discutir con éste bastante peligrosamente. Las vueltas que da el mundo, ¿no es cierto? Es máxima que, si bien carente de originalidad, os encaja como anillo. Y, a fe mía, que muy orgulloso podéis estar de ser juez. Os veré el viernes, en que soy vuestro invitado. Supongo que poseeréis algún lacayo lo suficientemente valeroso para enviarme al diablo si así se lo ordenáis.

—Sin mentira social, os aseguro que hablar con vos es uno de mis mayores placeres. A vuestras órdenes, excelencia.

El ujier abrió de par en par la puerta del despacho cuando a ella se aproximó el Pirata Negro, procedente de la Jefatura.

—Está es la sala de justicia, ¿no, ujier?

—Sí, conde Ferblanc.

—Bien. Traedme uva.

—Perdón..., conde Ferblanc. Ruego al señor conde se digne reiterarme su orden.

—Varios racimos de uva negra en una fuente. ¿O es que se ha agotado todo fruto de las cepas?

—Inmediatamente, conde Ferblanc.

Poco después, instalado confortablemente en e1 sillón del estrado y extendidas las piernas sobre la mesa, el Pirata Negro aplicaba a sus labios uno de los racimos que en fuente acababa de traer un ujier algo sorprendido íntimamente.

—Un caballero solicita ser recibido, conde Ferblanc.

—¿Qué hizo? ¿Mató, robó o le soltó pedrada a una vieja coja?

—Es... un extranjero, artista músico. Me dijo, conde, que os anunciara a "messire” Niccolo Pavolini.

—¿Hasta este sacrosanto lugar invade el fementido rascatripas? Hacedlo pasar; pero si trae el violín, quitádselo. No quiero iniciar mi labor noticiera sentenciando a muerte a un instrumento.

Niccolo Pavolini, magro y obsequioso, parecía un maestro de

baile. Vino a detenerse ante la mesa, tras la que el Pirata Negro masticaba uvas, que arrancaba a bocados del mismo racimo.

—A vuestros pies, conde. Vuestro servidor.

—Atended cuidadosamente, Niccolo. No os basta desde hace dos años convertir mi choza terrestre en un nido de grillos con pretensiones melódicas, sino que encima venís ahora a darme la murga. ¿Os dais cuenta, insensato que estáis robando a un juez su tiempo preciosísimo? Estoy juzgando el sabor de estas uvas, y las condeno a ser devoradas. Justicia sea hecha... ¿Qué mil cuernos quemados os han empujado a venir aquí?

—La señora marquesa...

—¿Chismes de vecindad? ¡Vil gusano! Estoy por llamar al verdugo... Estáis ante un tribunal constituido por autoridad y mandato de nuestra Serenísima Majestad. Bien..., vayamos al chisme, que siempre resultará más interesante que oír hablar de robos de gallinas tontas. ¿Qué le ocurre a la magnífica señora marquesa, mi sin igual esposa?

Niccolo Pavolini puso una cara de aflicción conmovedora.

—*¡Santa Madonna!* Me ha... despedido, señor conde.

—Vaya, vaya... Noticia es esta que celebraremos vos y yo con una borrachera a tono de cada capacidad. ¿Con que os dió la gran patada en la rabadilla, eh?

—No fué... precisamente eso, señor conde. Pero me significó que no apareciera más por vuestro palacio. Quiso con su gentil donosura pagarme con exceso de generosa dádiva... ¡Y no acepté!

—¡Ah, perillán!... ¿Y lo confesáis? Volved a mi palacio y recoged el oro que mi esposa os quiso dar. Podría mentiros, Niccolo, pero me alegra que os larguéis vos y vuestro violón del demonio. Eso significa que vuestro discípulo, el honorabilísimo señor marqués de Ferjus, siente ya ascos y náuseas de tanto ronroneo. Dejad a los gatos que maúllen... Mi hijo quiere una espada.

—No es eso, señor conde... Y... vengo a jugarme el todo por el todo— dijo, con voz que parecía un balido el músico italiano, cuyas rodillas entrechocaron, crujientes las descarnadas rótulas.

—¡Tate!... ¿Insolencias, contra un juez con toda la barba? Esto me huele a chamusquina, y es vuestro pellejo. Erais y sois un melifluo buen sujeto, y estáis intentando atemorizarme..., ¡voto a cien mil pares de violines destripados!

—El arte es un veneno, señor conde. Quien lo necesita, muere, viviendo sin vida, si le privan de esta droga.

—¡Anda, zapateta! Yo soy el que exprime jugo de uva en mi estómago, y vos el que acusáis los efectos. Si habéis osado venir ebrio, os meto diez años de presidio mayor... a vos y a vuestro violín.

—El señorito marqués...

—Atender, melifluo napolitano de mis entretelas. No sé por qué hoy estoy de muy buen humor, pero no abuséis. Estoy hasta la coronilla de señorito marqués, señor conde y señora, marquesa. Cuando de mi hijo habléis, llamadle Humberto, que ése es su nombre, y vos lleváis dos años a su lado... mal me pese.

—Vuestro hijo es artista, señor.

—Ahí me duele.

—Su violín es su vida. Se absorbe con sus notas, en forma tal, que ni la más recia tormenta lo despertaría del ensueño maravilloso que las melodías de su arco producen. Dejarlo sin lecciones sería frustrar un genio. Sería como si a vos os hubieran privado de pisar una cubierta de bajel y...

—Sin comparar, bellaco. Un barco es algo magnífico, algo... Bueno, pasemos la página. ¿No decís que mi esposa os dió el olivo? Pues asunto terminado. Aunque me esté mal el decirlo, en mi casa lleva mi esposa los pantalones, porque tal es mi real gana. Conque, abur, Niccolo Pavolini, y larga vida.

—Es que... los dos lloran, señor.

—¿Qué dos?

—La señora marquesa y el señorito marqués, señor.

—¿Qué laberinto es éste, maldito escorpión?

—Yo soy un hombre pacífico, medroso y melifluo, como decís, señor. Pero hay dos cosas ante las que me crezco, dos cosas ante las que me siento hombre capaz de matar...

—¡Tate!... Como intentéis meterle miedo a un juez, os deslomo.

—Vuestras chanzas, cuando a ellas me acostumbré, me son gratas, señor, porque os aprecio, os tengo adoración, así como a vuestra esposa y a vuestro hijo... No tengo hogar, señor. Irme, si tal fuera la sincera voluntad de vuestra esposa, me iría... llorando, pero me iría.

Los ojos empañados en lágrimas del napolitano rebosaban

humilde tristeza.

Carlos Lezama le lanzó un racimo de uva.

—Refrescad la gola, y continuad, “messire” Pavolini.

—Por ellos dos mataría, si preciso fuera... ¿Cómo, pues, puedo consentir que queden tristes? Ella me despidió... porque sabe que vos estáis harto de mí y del violín... y teme que Humberto os enoje si continúa en sus lecciones.

—Estáis presumiendo de psicólogo, Niccolo.

—Simulé irme, señor... y escuché... Vuestro hijo mostrábase rebelde, pero vuestra esposa, dióle conformidad. Dijo que ella era la primera en sacrificarse, que ella me despidió con el corazón ulcerado...

—El corazón de mi esposa está en perfectísimo estado, bellaco. Dejadme meditar qué hago con vos. Desde que sonó la primera nota de vuestro embrujado trasto, Humberto está convertido en un melómano. Yo lo quiero un hombre, ¿os dais cuenta, Niccolo?

—El arte no es afeminado, señor, si quien lo profesa es un hombre. Humberto es aún un adolescente...

—No metáis los pies en el lagar del vecino. Id comiendo uva, que es de la buena. Es uva de juez. Veamos... Tengo la vaga idea de que en mi casa el que lleva los pantalones soy yo, ¿no? Si alguien dijo lo contrario..., miente como un cretino, por más juez que sea. Conque... el que paga vuestro maldito sueldo soy yo, ¿no? Pues, media vuelta de frente, carguen armas sobre el hombro, si es que así pueden colocarse los violines, y camino de casita, napolitano condenado, que mis diablos os coman los hígados. Llegad y anunciad a mi dignísima esposa que por decreto judicial, considerando que, y resultando que... vos no os iréis de casa hasta que el propio Humberto, con muy buen juicio, os eche. Abur.

—Gracias, señor, gracias mil de todo lo más profundo de mi alma, que es desde ahora...

—¡Cerrad la espita! A los jueces no se les da las gracias. Se apresura uno a irse antes de que se arrepientan de sus decisiones favorables. Hacedme caso, que experiencia tengo.

Con genuflexiones, andando de espaldas y con sonrisa que dilataba de oreja a oreja su boca no pequeña, Niccolo Pavolini salió con semblante de dichoso mortal.

Carlos Lezama se encogió de hombros

—Es la primera vez que de un tribunal sale un invitado con cara de satisfacción. Eres un sentimental, amigo. Ahora tenías las ocasión de verte libre de ese músico... No, por más que hagas, es innegable que todo reside en el marquesita. ¡Hola, ujier! ¿Qué tal va eso? Espero que no supondréis que he venido solamente a comer uva.

—E1 señor secretario relator pide ser recibido, conde Ferblanc.

—Bien, bien, bien... Eso se anima. Que pase el tal. Siempre he tenido una gran debilidad por esos sujetos.

En la sala, tras que el ujier volvió a cerrar la puerta, ausentándose, entró un coloso de rostro taciturno, y ojos de mirada furiosa.

—¡Hola, hola! ¿A quién habéis matado, capitán Lope Holgado?

—Sin novedad en la fragata de relevo, conde Ferblanc, anclada desde esta madrugada.

—Estoy de juez, capitán y no de marino.

—Dada la novedad, conde Ferblanc, tengo el escaso placer de comunicaros que me han nombrado secretario relator.

Reclinóse hacia atrás Lezama, riendo con sorna.

—Buen golpe ha tenido don Juan Diéguez. Sois el único que, llevando carpeta bajo el brazo y siendo accidentalmente secretario relator, no me inspiráis ansias de sentenciaros a que os den muerte lenta clavándoos plumas de ganso afiladas por todo el cuerpo, hasta que muerte siga. Cuantos más locos seamos, más reiremos. Por favor, señor secretario, instalaos como os pertenece. Dos pasos atrás y tres a la izquierda. Que os oiga, y no me salpiquéis. ¿Conque vos de secretario judicial, eh? Magnífico... ¿No os da vergüenza y pena? ¡Qué bajo hemos caído! Estamos presos en las uñas de dos damas antipáticas: dama Justicia y dama Sociedad. Tan gruñona y chismosa la una, como insincera la otra.

Dos años de convivencia habían creado entre los dos hombres una recia amistad, hondamente sentida, pero escasamente manifestada. A ratos, para el capitán Lope Holgado no había en el mundo nadie más egoísta ni loco que el conde Ferblanc, pero eran escasos estos momentos...

—Me permitiré recordaros, conde Ferblanc...

—Señor juez, si os place, señor secretario.

—Me permitiré recordaros, señor juez, que no comparto muchos

de vuestros puntos de vista propios de pirata.

—La diferencia de opiniones sienta las amistades. ¿Qué he dicho ahora que no os plazca, señor secretario?

—Dama Justicia ni es gruñona ni es chismosa.

—Os daré un ejemplo. Supongamos que al primero que me traigan le acusen de haber degollado siete infantes y haber volado el resto de seso a sesenta viejas. Indudablemente será un criminal, siempre y cuando comprobemos que fué Herodes el “ancianicida”. ¿Hablé bien, señor secretario, o al que viejas mata le llaman amante de la belleza juvenil?

—Gozáis de un humor excelente hoy, señor juez.

—Ojalá dure, señor secretario. El caso es que si juzgo al tal, le condenaré a no hacerlo nunca más, por lo que tomaré mis medidas para que me haga caso, mandándolo ahorcar. Pero no me meteré en sus intimidades, ni sacaré a relucir acciones de su niñez. ¿Hay que ahorcarlo? Pues a ello, pero sin remover lodos ni pasados. ¿Hay que ahorcarlo? Pues a ello, pero sin gruñir, ni sermonearle, ni echarle en cara su fealdad física o de alma. Limpia y secamente, como se sangra a un cerdo. ¿Estamos de acuerdo, señor secretario?

—Puesto así, sí, señor juez.

—Pasemos, pues, a dama Sociedad. Quizá os tengo amistad porque os aguantáis en el baluarte del soltero. Eso me recuerda la frase que le oí a un marido cuando su esposa le afirmaba que todos los hombres eran unos idiotas. Él replicó: “Todos no, querida..., porque existen hombres solteros.”

—Será gracioso, pero no me río. Yo voy a casarme.

—¿Eh? Pido respeto para el señor juez, diantres. ¿Qué chanza es esa? ¿Casaros, vos? ¿Do está la cordera? Dos años ha que navegamos por tierra y mar... y prometida no os conozco.

—Tiempo ha anclé en la isla de Menorca.

—Dicen que es un remanso de paz, y aseguran que sopla un vientecillo tramontana que vuelve loco al más cabal. ¿Soplaba mucho la tramontana cuando allí estuvisteis?

—Allí conocí a la que será mi esposa. Perdonad, señor juez, pero, si no me engaño, vos estáis casado y no creo que os tengáis por idiota.

—Mi esposa es la encarnación del ideal en que todos soñamos.

—Suponed, pues, que allá en Menorca he encontrado yo este

ideal.

—En todas partes cuecen habas. Pero nos estamos extraviando. Mi enhorabuena... y que vuestro hijo no salga violinista. Hablábamos de dama Sociedad. Es insincera. Es detestable... Y estamos presos en sus uñas. Sonreír cuando nos pisan un callo amablemente, aguantarse y no poder rebañar el plato si nos gusta la salsa, soportar soporíferas charlas, poner cara de circunstancias en serias conversaciones que nos importan un pepino, decir que un niño es precioso mientras nos hace pipí encima, y quedarse con las ganas de sacudirle por el cuello y aplastarlo contra la pared... Todo eso nos depara dama Sociedad.

—Si en el trato humano cada un dejara libres sus instintos, el espectáculo sería grosero e impropio de seres con cerebro.

—Quizás... Pero, mejor se está bordo, sin etiquetas ni fingimientos ¿Por qué no llamáis al ujier y le pedís dos calcetas y agujas? Podríamos seguir filosofando haciendo algo de provecho a la vez. Soltadme buen chisme. Uno de esos que encogen el ánimo y suscitan aspavientos. Alguna casadita incomprendida, o soltera ojerosa...

—Esta carpeta, señor juez, contiene tres casos.

—¿Caben los tres dentro de esos límites? Poca monta.

—El primero es un hurto de cabos y calabrotes cometido a bordo del pesquero “Rosicler”. Debo dar fe de sentencia si renunciáis a interrogatorio. El acusado confiesa, y el artículo en que incurre le condena a dos meses de galera.

—Dad fe. Segundo caso.

—Una dama llamada María Adela Rango es acusada de haber escrito poemas cantando las excelencias de hogar.

—Tate... ¿Qué nuevo crimen es ese?

—Pero lo hizo en estado de embriaguez, en pleno salón del Mesón Navarro, y agredió a un lacayo causándole lesiones de importancia.

—¿Qué arma empleó?

—Un jarro de agua.

—¿Por qué agredió al lacayo?

—Porque éste pretendía acompañarla hasta una carroza, y ella decidió que era injusto cortarle la inspiración.

—Veamos... ¿Qué diablos tengo yo que ver con cuentos de

poetisas?

—Es que... un arqueólogo presente la acusa de haber proferido ofensas contra la Armada. Y por esta razón, su caso pasó a este tribunal.

—¿Qué rimas aduce la acusada?

—Confiesa que el mosto la inspiró en demasía.

—¿Qué sentencia?

—A vos os pertenece. Yo daré fe.

—Por sus buenos sentimientos que el vino acentuó, dadle un ramo de laurel. En cuanto al lacayo, que le den friegas, y que otra vez no se meta a ángel guardián de poetisas. Así sabrá que esa raza es peligrosa. En cuanto a ella, que le den rienda suelta recomendándole que su próximo poema lo dedique al mosto y lo leeré. Dad fe. Tercer caso.

—En último lugar lo dejé, porque es grave.

—Mejor que mejor.

—Monederos falsos.

—¿Y eso es grave?

—La sentencia es cortadas las dos manos, expuestos a la picota, y descuartizados.

—Tate... Ignoraba la severidad de 1a ley en este caso, pero por lo visto atisbos tuve de ella, porque nunca se me ocurrió falsear moneda. Es mucho más fácil robarla, ¿no os parece, señor secretario?

—Recomiendo este caso, porque me lo leí y tiene aspectos extraños.

—Ya os vais sintiendo chismoso. Seréis un buen juez.

—Eso espero. Administrar justicia es la misión más difícil, y no apruebo vuestras chanzas...

—Al grano, don Lope, que se me hace tarde. Hechos.

—Dos desconocidos se instalaron en el Mesón Real, el mejor de la ciudad, como vos sabéis. Eran hombre y mujer. Gastaban pródigamente, comprando telas, joyas, muebles, tapices...

—...y demás chucherías. Y pagaban con moneda de plomo. ¿Qué más?

—Un mercader entró en sospechas, y al serle entregada la moneda, la pesó y la mordió. Denunció... y ayer noche mientras dormían fueron presos ambos, cada uno en su habitación. Son

hombre y mujer. Ella se llama Marisol Gorrión y es hermana del famoso jefe bandolero escapado de la cárcel.

—¿Y él?

—No ha declarado sus nombres al nocturno interrogatorio sin tormento. Dijo que le apodaban sus amistades antiguas, Ojo de Perdiz.

—Le falló el ojo, y quedó en perdiz. Pasad ahora a lo que se os antojó extraño.

—Ella declara que él lo ignoraba todo, y que ella le enamoró. Es bonita. Jura y perjura que él creía que ella era una rica dama.

—¿Y él qué jura y perjura?

—Él da su palabra de hombre de que ella no sabía nada, y que él es quien falseó la moneda, prometiéndole boda, y haciéndose pasar por caballero hacendado.

—Interesante. Dos tórtolos, que piensan que con uno descuartizado basta. Nobles sentimientos para ahorrarle trabajo al verdugo. Supongo que estaré obligado a tratar de poner en claro quién de los dos es el monedero falso, quién el engatusado, o si son los dos los que nos quieren engatusar. ¿Y en definitiva qué? Falsificar moneda no es muy recomendable, pero se me antoja que dura está la ley para ese caso.

—Debe protegerse al que gana su dinero con el sudor de su frente.

—¿Le quitará sudores la muerte de Ojo de Perdiz y la Gorriona? ¿Es labor de juez matar dos pájaros de un solo plumazo? En fin, empecemos por la Perdiz, que es el hombre, y después oiremos al Gorrión que es una mujer. Ahuecad la voz, don Lope, y decid con talento: “Ujier, que pase el acusado”.

Levantóse Lope Holgado para repicar sobre una campanilla. El ujier abrió la puerta y asomó el rostro:

—Traed de orden del señor juez al acusado de apodo Ojo de Perdiz, incurso en delito de falsa moneda.

Al desaparecer el ujier, Carlos Lezama sonrió:

—Con un secretario como vos, se me abre el apetito.

Capítulo III

Ojo de Perdiz

Dos alguaciles armados, sujetando cada uno de ellos por un codo al que entre ellos aparecía atado de manos, se aproximaron al estrado.

El preso era un individuo joven, de unos veinticinco años, alto, bien conformado, de ropas distinguidas, semblante inteligente. Hubiera sido de buen ver, a no tener los ojos ribeteados de rojo, y muy redondos

—Empezad, señor secretario—dijo Lezama seriamente.

El preso, que mantenía erguida la cabeza, frunció el entrecejo, examinando con atención al Pirata Negro.

—Según consta en declaración testifical...—empezó a leer Lope holgado.

—¡Tú! Deseos tenía de estar ante ti—exclamó Ojo de Perdiz.

Los dos alguaciles dieron un tirón brusco a los codos del maniatado. Lope Holgado sintióse ofendidísimo.

—¡Silencio, malandrín! —bramó—Y cuando el señor juez te dirija la palabra contestarás dándole el título...

—Perdonad un instante, señor secretario—intervino Lezama—Este acusado acaba de manifestar que estaba ardiente en deseos de verme. Estimo muy aleccionador que nos aclare la razón.

—Esta madrugada me dijeron que pudiera ser que el conde Ferblanc me juzgara. Y así es. ¡Tú eres el conde Ferblanc!

—Lo soy. ¿Te debo algo?

—¡Y tú fuiste el Pirata Negro!

—También aciertas. Dejad, dejad, señor secretario. El interrogatorio no se perjudicará, si antes como prefacio, el acusado desea expansionarse sincera y espontáneamente.

—Cobarde...—murmuró despreciativo el acusado.

Uno de los alguaciles levantó su maza. Carlos Lezama le atajó el ademán con una seca orden:

—Aquí no pega nadie, alguacil. Cada uno a su oficio.

—Cobarde valentón...—dijo en voz más alta y más desdeñoso el gesto de semblante el apodado Ojo de Perdiz.

—¿A quién aludes, Perdiz?—inquirió el Pirata Negro.

—A ti... que aquí estás repantingado de juez. A ti, que renegaste tu condición de caballeroso pirata, para ser mercenario a sueldo. A ti, que te sientes irónico porque hay cuerdas en mis manos, hay alguaciles a mis costados, y tras tus espaldas hay un gigante matón...

—Cierto, señor secretario—dijo Lezama mirando sonriente al ceñudo Lope Holgado. —Teníais razón al asegurar que ese caso ofrecía aspectos curiosos. ¡Vosotros, alguaciles! Quitadlas cuerdas al acusado. Por lo que estimo hablará mejor con las manos sueltas. ¡Vamos! He dicho que le dejéis las muñecas libres.

Mientras era desatado, el preso habló de nuevo, mirando amenazador al Pirata Negro:

—Quedarán dos alguaciles y ese perro dogo...

—Id a hacer compañía al ujier amigos—invitó e1 Pirata Negro señalando la puerta. —El acusado manifiesta deseos de hablar privadamente con el juez.

Los dos alguaciles abandonaron la estancia.

Ojo de Perdiz señaló a Lope Holgado.

—Queda éste.

—Éste es un capitán de mar... demasiado hombre para pegarle a una perdiz. Estamos solos, como deseabas. Tus manos libres. ¿Qué más quieres? Pide por tu boca, que estoy de juez generoso.

—Una espada.

—¿No te apetece primero un pollo asado y un frasco de vino del Rey? Te han liberado las manos, porque pareces hombre. Se han



En silencio se observaron...

ido los alguaciles, porque sobraban. Ahora, aclárame qué motivos de queja tienes privadamente contra mí. Te dejo jugar a ser juez unos instantes.

Ojo de Perdiz avanzó un paso. Ambos, juez y acusado, en silencio, se observaron.

—¡Es un escarnio que tú, un piratas, juzgues a Marisol! —gritó colérico

—¿Te llamas Marisol?

—Me apodan Ojo de Perdiz, por mis ojos redondos y de párpados colorados. Tú, un pirata renegado, no eres quien para sentirte con ínfulas de juez.

—Quizás tengas razón. ¿Qué más?

—Tu voz es suavemente amenazante. ¿Te crees en la cubierta de tu barco pirata? Si allí estuvieras y me interrogaras, te declinaría mi nombre. Pero juzgo tan cruel que tú juzgues a Marisol...

—Estás juzgando demasiado, doncel. Razones no tengo por qué darte, pero tu forma de presentarte me ha recordado en cierto modo a un pirata que a tu edad también decía vaguedades, y hacía desplantes sin ton ni son. No eres tú quien, barbilampiño mozo,

para juzgar si soy pirata renegado o conde mercenario. Aquí estoy porque me da la gana, y porque debieron creer que a veces un pirata sabe administrar justicia y si luchó años y años por imponerla a su modo. Me llamaste antes cobarde. ¿Por qué?

—Quien enarboló pabellón pirata no tiene derecho a ser juez de un delincuente que falseó moneda.

—Cuando a mí me acusaban de pirata no llamaba yo al juez borracho, porque éste bebiera. Si yo fuera monedero falso, entonces razón tendrías en tus quejidos. En mi larga vida me han llamado muchas cosas... Nunca de cobarde me tildaron. Busca, pues, otro apelativo, porque éste no me encaja.

—Cuando eras el Pirata Negro fama dejaste, que hoy aún perdura, de justiciero. Así lo creí... Pero ahora eres el conde Ferblanc.

—La mona aunque se vista de seda, sigue siendo simio. Y a palabras de necio imberbe e impetuoso, trompas de Eustaquio benévolas. Vayamos al grano, doncel, y echo en olvido tu saludo. Juez y acusado no son seres con calificativos, sino dos hombres que deben procurar ayudarse. Yo tengo que mandarte al verdugo. El capitán Holgado dará fe... y allá te pudras, si te dejaste atrapar. Dos sois los inculpados, pero al parecer, tú afirmas que la engañaste.

—¡Ella nada sabía! ¡Ella!...

—Atiende, doncel.

—Mi nombre es Alonso Briones.

—Atiende, Briones. Alguien ha engañado a alguien. Eso está claro. Pero intento hacerte comprender, que lo que no transijo yo, es que se las den de tunante conmigo. Me revienta el que me tomen por un idiota. Las sinceridades hallan eco en mí. Brutales sinceridades... En cambio, si me tratas como a un juez... mal te veo.

Alonso Briones juntó las manos nerviosamente.

—Tú has amado, conde Ferblanc.

—No estamos en un consultorio sentimental, Briones.

—Es que temo... y quisiera explicarme. Excúsame si antes, enloquecido por noche de temores por mi suerte y la de ella, busqué el ofenderte. Quisiera creer que en ti hallaré al pirata caballeroso.

—Hay una ley, y por ella debo guiarme. Pero no soy un juez de los tantos, o tan pocos. Soy un hombre que intentaré comprenderte.

—Te pregunté si habías amado, porque sólo un hombre que

supiera lo que es este tormento, podría comprenderme.

—Conozco este envidiable tormento.

—La fama pregona tus buenas fortunas. No conociste nunca desdenes.

—La fama yerra en esto. No conocí desdenes, porque cuando en mi singladura apareció sirena desdeñosa, tuve la voluntad de pellizcarme el corazón, dar paso atrás, irme y así sólo padecer unos días.

—Yo no pude irme. Pero, ¡ella es culpable!

—No enturbies el chocolate que de por sí está muy espeso. Habla de ti, y por unos instantes olvida a Marisol Gorrión.

—Es que ella no... ¡No puedo! — llevose las dos manos al rostro en gesto de inmensa aflicción desesperada —Un crimen... cortar sus dos manos, exponerla a la befa pública... lacerar sus miembros delicados, y privar de vida a la que es ternura y bondad...

—Trata de no divagar, Alonso Briones. Un mercader afirma que le entregastéis...

—¡Un mercader! Fieras cúpidas, avariciosas...

—¿Le entregaste o no oro falso?

—Sí.

—Entonces deja en paz al mercader que si te dió mercancía adulterada al menos te daba algo, que su pan se 1o gana vendiendo. ¿De dónde sacaste ese oro falso?

—Lo fabriqué.

—¿Dónde?

—En la selva auracana. Un sitio que nadie puede hallar sin guía indígena.

—¿Sabías que Marisol Gorrión es hermana del bandolero del mismo apellido?

—Ella no... estaba con él. Se habían separado.

—¿Cómo la conociste?

—En el pueblo... costero de Santiarén.

—Me da el pálpito que mientes más que hablas, Alonso Briones. Mal camino ese para que yo sepa por donde navego.

—Ella me creyó un rico viajero, y a mí me convenía hacérselo creer para que inocentemente me sirviera de cómplice en este tráfico.

—Antes hablaste de amor. ¿A cuento de qué? ¿De desdenes? ¿A

cuenta de qué?

—Me enamoré de ella, pero mis ojos… Se burlan de mí… Ella, no… Quise ser rico, para que me aceptara por marido…

—Puedes ahorrar saliva. Estás verde, Briones, para tratar de engañarme. Si la querías no ibas a exponerla a ser cogida como falsaria. Como falsario sabías cuál era la ley. Me está, pues, endilgando una sarta de mentiras. Señor secretario, podéis llamar a los alguaciles. Interrogaremos después a Alonso Briones. Ahora que comparezca Marisol Gorrión… ¡Y tú guarda silencio, Briones! Quizá ahora podrías ofenderme, si me recomendaras atenciones o delicadezas de las que yo soy… y aquí sí, el único juez.

Abatido, agotada su postrera energía nerviosa, tendió dócilmente las manos Alonso Briones, cuando los alguaciles se le acercaron con las cuerdas.

A solas, Carlos Lezama miró a Lope Holgado.

—¿Habéis sacado algo en limpio?

—Pretende salvarla a ella.

—¿Es que consta que ella es una malvada sedienta de sangre?

—No… Pero es la hermana del falsario Balbino Gorrión, que permaneció dos días y dos noches en la Casa de la Moneda de La Guaira.

—Mi hermana fué una virtuosa mujercita, casó en Portugal y es madre ejemplar.

—Vos sois el juez, no el acusado.

—Voy dándome cuenta que es oficio arduo.

—Tendréis, pues, paciencia si algún día volvéis a ser el Pirata Negro.

—Lo tendré en cuenta… porque habéis dicho algo que pudiera ser más que posible. Tosed… que ahí viene la acusada..

Marisol Gorrión entró también atada de manos y acompañada por otros dos alguaciles.

Su porte no era ni arrogante ni humilde. Parecía acudir a una invitación.

Miró con indiferencia a los dos hombres sentados tras la mesa en el estrado. Pero su indiferencia resultaba trágica y en su mirada había un abandono indefinible, mezcla de cansancio infinito y pesadumbre.

—Quitadle las ligaduras y salid, alguaciles.

Lope Holgado levantóse para inclinarse al oído del Pirata Negro.

—No creo que cuando el almirante se entere, transija con vuestra manera de llevar esto.

—No me sopléis en el oído. Me eligió por juez y aquí estoy. No tengo carrera y me comporto como si estuviera en mi velero. Allí nunca até a mujeres, a menos que fueran harpías desmelenadas.

Los alguaciles, ya prevenidos por los anteriores, habían abandonado la sala presurosos.

Marisol Gorrión frotóse las manos entumecidas en gesto inconsciente, de pura reacción física. Parecía un cuerpo sin alma.

—Podéis sentaros si lo deseáis, Marisol Gorrión. Mi galantería no tiene más finalidad que la de solicitar vuestra ayuda. Alonso Briones persiste en afirmar que él es el culpable. Por tanto, vos podréis salir libremente de aquí, corroborando simplemente lo dicho por él. Os engañó, abusando de vuestro candor, fingiéndose rico hacendado. Vos, por tanto, no sois en nada culpable.

Marisol Gorrión sentóse en el escabel cercano, cruzó las manos sobre su regazo y con voz monótona, dijo audiblemente:

—Miente por salvarme. Yo fui quien le engañó jugando con su enamoramiento... Y ahora que es tarde, siento un arrepentimiento impropio. Pero es que cuando fuimos apresados, entonces sentí que Alonso Briones no merecía esa suerte. Pero deberé explicarme desde un principio, si vos, señor juez, deseáis saber toda la verdad.

—Os lo agradezco, Marisol Gorrión. Hablad. Sed sincera.

Empezó ella a explicar su vida brevemente. Su infancia sin padres, bajo la tutela de Balbino Gorrión. La huida de éste, la peregrinación por la selva, sin citar la muerte de Coyir y sus auracanos y la construcción del campamento:

—...y día tras día, la soledad rodeándome. Paseaba, remontando el río en lancha. Llegué así hasta una cabaña que me pareció deshabitada. En ella vivía Alonso Briones. Cazaba y llevaba una vida de ermitaño, a raíz de una desventura que le sucedió en un comercio en que asoció con un amigo en quien confiaba. Me creyó cuando le aseguré que era hija de un estanciero del interior y que no debía saber que nos veíamos porque no me dejaría salir. Nos veíamos con frecuencia. Pese a sus ojos, le fui apreciando porque era bueno, leal y noble. Tres cualidades que nunca hallé en los compañeros de mi cuadrilla.

Hizo ella una pausa, para mirarse las manos.

—Decía que mis manos eran suaves y tenían caricia de hermana, madre y esposa... Empecé a saber lo que era ser una mujer respetada y de existencia normal. Balbino supo por uno de nuestros cuadrilleros la meta de mis paseos. Y maquinó su proyecto. Yo le diría a Alonso que mi padre me enviaba a Puerto Colombia, para hacer compras y él me facilitaría toda clase de ropas y dos caballos. Puede su merced creerme o no, ya que no pretendo defenderme. Al principio me negué, y entonces Balbino, no por maldad, sino porque había prometido a nuestros cuadrilleros que serían ricos, me dijo que de no obedecer darían muerte a Alonso.

—Si para algo ha de ayudaros, aseguro que creo en vuestra sinceridad, Marisol.

—Sé que he de morir y siento escalofríos porque mis manos son lo que más cuidaba de mi persona. Pero merezco morir, porque mantuve a Alonso en el engaño. Vinimos y empezamos a comprar. Él me acompañaba, creyéndome la rica estanciera caprichosa. Eso es todo.

—¿Por qué no se lo confesasteis al llegar a Puerto Colombia y huisteis con él?

—Balbino envió a Porfirio, un hombre malo, un asesino, para que vigilara todos mis pasos. Tenía orden de matar a Alonso, si... yo pretendía huir con él.

—Debisteis decirlo a Alonso y él se las habría entendido con el tal Porfirio.

—Parecéis comprensivo, señor juez, pese a la dureza de vuestro rostro. Yo anhelaba un hogar firme, sin vagabundeo, honrado, con un hombre que me quisiera. Al llegar aquí pensé confesarlo todo a Alonso. Pero pensé que además de Porfirio, que ya lo sabía por mi propio hermano, podía haber otro cuadrillero vigilando. Supuse que una vez terminásemos todo el oro falso que yo traía y regresásemos a la selva, entonces Balbino me dejaría libro, tal como prometió, de desposarme con Alonso e irme.

—Esta confesión equivale a dejar libre a Alonso Briones pero a vos, es... sentenciaros a muerte.

—Lo sé. Pero con ello rescato toda mi culpa, por haber abusado de la noble lealtad de Alonso. Y ahora, señor juez, ¿puedo suplicaros una merced?

—Decid.

—¿Dais vuestra palabra de caballero honesto, de que Alonso Briones no padecerá daño alguno?

—Libre quedará. Podéis retiraros, Marisol Gorrión.

Y al decirlo, púsose en pie el Pirata Negro.

Al cerrarse la puerta tras la que salió como una muñeca dotada de movimiento, murmuró el Pirata Negro:

—Enternecedor, ¿eh? ¿No habéis llorado?

—Oí que os llamaba honesto, y eso me quitó el deseo de lagrimear.

—Dad fe… y dejaos de cuchufletas. ¿Qué sentencia?

—Pues… él, libre, y ella, al verdugo. Esta es la ley.

—La ley la interpreto yo a mi modo. Vamos a charlar un rato mano a mano en plan de dos contertulios. Aquí no entrará nadie hasta que yo o vos no toquéis la campanilla. La sala delibera y alguaciles y ujieres no serán osados de irrumpir o van a ir a la picota a toda vela. ¿Queréis uva?

—Acepto. Pero me estoy imaginando lo que dirá el almirante… Porque mal os conozco si no estáis maquinando moneda de la falsa.

—No daréis fe. ¿Qué os parece el cuento de que ambos encontraron ese oro y creyeron era un tesoro abandonado?

—Un cuento infame. Poco digno de vuestro caletre.

—Pues vais a dar fe.

—Ella sabía que era oro falso.

—Así es… Pero, ah, querido secretario. Seamos humanos. Don Alonso, citó la ternura… Bella cosa… Ella tiene manos suaves de madre, hermana y esposa. Él tiene ojos de perdiz, pero ella le quiere… Al mozo lo que le sucede es que tiene ardor de conjuntiva. Vos sois del mar. A veces algún tripulante coge una resolana y sus párpados se inflaman. Esto se quita con el jugo macerado de la hierba parda llamada “Lancera”.

—¿Vino el Alonso a curarse los ojos o a ser juzgado?

—No me amosquéis, señor secretario. Aquí no hemos venido a trabajar en serio. Le contaré al almirante que yo, a mi bordo, habría sentenciado como voy a sentenciar. Le sentará como un disparo en la ceja y así no nos nombrará jueces de nuevo.

—A mí nada me sucederá. Yo me limito a dar fe, señor juez.

—Entonces, tocad la campanilla, que es un ruido agradable

manejado desde aquí. Que traigan de nuevo a Ojo de Perdiz.

Alonso Briones entró ansiosamente. En la puerta los alguaciles quitáronle las cuerdas. Avanzó presuroso al cerrarse la puerta.

—Hablo yo, Alonso Briones. Después vos. Interrogada Marisol Gorrión, nada he sacado en limpio. Se echa ella toda la culpa. Yo tan sólo quiero saber una cosa. ¿Vos subíais que era falso el oro que entregabais?

—Sí.

—Tened tiento en las respuestas. A la primera falsedad, ella será la perjudicada. Ella dice que por miedo a amenazas, consintió en engañaros. Temía por vuestra vida. No os dijo nada. ¿Cómo, pues, sabíais, que el oro era falso?

—Un día la seguí cuando me dejó. Acostumbrado a la vida de cazador, llegué hasta el campamento. Oí conversaciones y pude ir sacando el hilo del ovillo. Después la vi a ella triste, obsesionada... Me dijo, cuando nos disponíamos a partir de viaje, que al regreso, marcharíamos lejos. No comprendí bien... pero todo me era igual. Estaba con ella y podía aspirar a que sus manos endulzaran mi vida.

—Entonces, ¿vos callasteis, por qué?

—Supuse que alguno de los falsificadores nos vigilaría y temía por su vida.

—Si hubieseis hablado los dos, quizá yo ahora no estaría cavilando. Ésta noche, saldréis en libertada. Callad, que hablo yo. Y si aparece el cuadrillero, soltadle pistoletazo, que diantres... Pero mejor haréis en huir lejos y formar hogar... y comprar con plata de ley.

Alonso Briones, mudo, intentó hablar palabras en su reseca garganta, Por fin, balbució roncamente:

—Burla feroz es esa, si...

—Tate... ¿A que os doy un campanillazo en la testa? ¿Os pensáis qué un juez pierde el tiempo en burletas y guasas? Esta noche vos mismo, iréis a coger por el talle a vuestra amada... y ese cuento habrá terminado a entera satisfacción de ella, vos, yo y el señor secretario.

—No puedo creerlo,.. No es posible...

—Llamad a los alguaciles, señor secretario.

—¿Por qué... si es cierto, no me dejáis que ahora...?

—Ronda el cuadrillero a lo mejor. Y por otra parte es mi deseo,

que, como juez, os paséis horas de impaciencia... Por la noche, id con ella lejos y no me aparezcáis por delante, si sigo de juez, porque entonces no estaré quizá tan justiciero.

—No sé qué decir, conde Ferblanc... Pero si esta noche... toda mi vida, vuestro nombre... bendito seáis...

—Tate... Si ahora le digo lo de la hierba parda llamada "Lancera"..., me temo que en vez de incoherencias lanzara rugidos, ¿no os parece, señor secretario? Escribidle la receta y dádsela doblada. Leedlo después, Alonso Briones.

—¡Vos, señor, nunca dejaréis de ser el Pirata Negro!—exclamó Briones.

—¿Es cumplido o reproche? Adiós y seguid amablemente a los alguaciles. Ellos se ganan el sustento como pueden.

Lope Holgado conservó también silencio unos instantes. Y al final, sintiéndose observado por una sonrisa burlona, masculló:

—De esta hecha, podéis afirmar que sois un juez muy especial. Pero la tormenta que se avecina la vais a capear vos solo.

—No, que no. Dad fe y venid conmigo como secretario. Vamos a comunicar a su excelencia el almirante Diéguez, que hemos realizado ya nuestra primera salida al tribunal como leguleyos.

El almirante Diéguez escuchó el minucioso relato que hizo el Pirata Negro, tras el que Lope Holgado, en silencio, limitábase a chuparse los labios con gesto habitual, poco parecido a fruición ni deleite.

—¿Habéis terminado, conde Ferblanc?

—Sí, Excelencia.

—¿Me habéis oído nunca blasfemar?

—No, Excelencia.

—Buen cristiano soy... y me sean perdonadas las palabras, que, sin yo desearlo, se han ido formando en mi mente mientras os oía. ¿Qué os habéis creído? ¿Que sois gracioso? ¿Que un tribunal es una mesa de taberna pirata? ¿Que haréis siempre lo que se os antoje? Os veo claramente la intención. Dais por cierto que no volveréis a ser juez. ¡En efecto! No lo seréis más. Pero me vais a dar toda clase de explicaciones... ¡Y vos, capitán Holgado! ¿Qué... qué hacíais allá? ¿Aplaudir? ¡Contestad!

—Di fe, Excelencia.

—Tal para cual. Yo no soy un maestro cascarrabias, señor conde

Ferblanc. Os reís íntimamente muy satisfecho. No puede revocarse lo que habéis firmado. Os habéis salido con la vuestra... Pero yo no os envié de protector de idilios. ¡Hablad!

—Expresé, Excelencia, mi carencia de aptitudes para juez en serio. Por otra parte, considero un escarnio a la toga, que un antiguo pirata se acomode en sitial de juez. Y como colofón aceptadme mi resultando y considerando: obré tal como un hombre de mar, vos, el capitán Holgado o yo, hubiera obrado.

—Vuestra... vuestra obligación era averiguar dónde se hallaba el campamento de Balbino Gorrión.

—La gente de curia debe encargarse de esos pequeños menesteres, Excelencia. Yo soy un tosco marino, desconocedor de códigos y procedimientos.

El almirante Diéguez levantóse.

—Mañana por la mañana, vos, capitán Holgado, entregaréis vuestra carpeta al secretario relator de oficio. Y vos, conde Ferblanc, escribiréis renuncia al cargo de juez, alegando incapacidad legal. Excusadme si os parezco tomarme muy en serio todo esto, pero hacedme el favor de pensar que la justicia del rey no puede estar al libre albedrío de un caprichoso pirata.

—De acuerdo, Excelencia.

—El cielo amenaza tormenta, señores— dijo Diéguez, aspirando hondamente y señalando a través de la ventanas las nubes que se perseguían negras y voluminosas—Veámosla desde a bordo. Pasaré revista a vuestra fragata, capitán Holgado. Espero y deseo esté en mejor estado que el contenido de esta carpeta. Dejadla aquí. A bordo sobran... estos papeles. Comeremos de vuestro rancho, capitán Holgado. Esta tarde tenemos muchas cosas de las que hablar. Por la noche espero habremos ya terminado con la labor. Precededme, señores.

Ya en la calle, al montar a caballo, y quedar tras el almirante, guiñó Lezama hacia el ceñudo Holgado. Sin volverse, el almirante Diéguez comentó:

—Estamos ya al aire libre, conde Ferblanc. Además de guiños, podéis sonreír. Desgraciada o afortunadamente, los tres somos hombres de mar, severos en exceso para los de tierra, benévolos en exceso para los de curia.

Cuando al anochecer la tormenta estaba en todo su apogeo y la

ciudad entera aparecía cubierta de negruras y la lluvia repicaba encharcando, el Pirata Negro despidióse de Lope Holgado.

—La tormenta sigue, pero pasó el temporal. Hasta mañana, señor secretario.

—Vuestro servidor, conde Ferblanc.

Capítulo IV

El Caribe es tierra de hombres

Le extrañó a Lezama que al entrar en el vestíbulo no hallara la acogedora figura de su esposa, aguardándole. También le pareció algo inexplicable que no brillara la llama de los candelabros.

Al fondo, oíanse los compases de una música de violín. Encogiéndose de hombros, el Pirata Negro aplicó chispa a una de las velas. Terminaba de encender, rezongando contra lacayos y violines, cuando un gemido humano le hizo tender el oído.

Corrió hacia el lugar de donde procedía el gemido y casi tropezó con un cuerpo tendido en el suelo. Arrodillóse y la voz tenue de Niccolo Pavolini gimió, siendo sus palabras incomprensibles.

Lo levantó en vilo Lezama llevándolo bajo la luz. Del costado del italiano manaba sangre y su rostro ofrecía una palidez cadavérica.

Rasgó Lezama la casaca y comprobó que la herida no era mortal.

—¡Mireya!—llamó estentóreamente.

—Lacayos muertos, señor... "Cien Chirlos" salió en persecución... Yo cogí una espada... pero no sé... Me hirieron...

—La herida no tiene gravedad, Niccolo. Calmaos y hablad. Sanaréis. ¿Qué sucedió y cuándo?

—Apenas un cuarto de hora... Entraron dos hombres... Se llevaron a la señora marquesa... Dejaron esto allá.

Corrió el Pirata Negro hacia el sitio señalado por el músico. Encima de una mesa, un pergamino aparecía con letras escritas con savia de árbol.

> "Libertad para Marisol Gorrión, o muerte para Mireya de Ferjus. Palabra de
>
> *"Balbino Gorrión"*

—¿Decís que “Cien Chirlos” salió en persecución?

—Llegó… minutos después de ellos irse… Dará con ellos…

Las sienes marcáronse sobresalientes de venas donde la sangre se agolpaba, mientras el Pirata Negro, se dirigía hacia donde oíase la melodía de violín.

Entró en la sala, donde tres candelabros de velas perfumadas desparramaban profusa luz sobre Humberto de Ferjus, absorto y estático el semblante.

Tardó unos instantes en ver al que acababa de entrar. Quebró bruscamente el manejo del arco.

—Buenas noches, padre. Gracias te doy por haber consentido que mi maestro continuara en casa.

—Era hermosa esta música. ¿Cómo se titula?

—Clamor en la noche.

—Ya.. ¿Cuánto tiempo hace que estás aquí?

—Cosa de media hora, padre. Así lo supongo, porque madre vino a decirme que a la media hora me vendría a buscar para leer… Y no ha venido aun.

—No. Aún no ha venido.

De pronto miró fijamente Humberto la expresión del semblante paterno. Sus labios temblaron.

—¿Sucede algo, padre?

—Traed acá el violín, marqués de Ferjus.

Humberto tendió el violín acercándose temeroso, pero sin adivinar lo que iba a suceder.

El restallido de la madera y el chirrido de las cuerdas al saltar, siguieron al gesto con el que el Pirata Negro rompió sobre su rodilla el instrumento.

—¡No!—gritó el muchacho—. Eso es cruel… Eso es…

Quebróse la voz en su garganta y de sus labios manó la sangre al recibir en ellos el brutal impacto de la diestra del Pirata Negro.

Cayó sin sentido. Cuando, abrió los ojos, creyó estar bajo el influjo de una pesadilla. Se encontraba atado por las muñecas a un remate de hierro de una antorcha y tenía el torso desnudo.

A su lado, el Pirata Negro mantenía en su mano un corto 1átigo.

—El Caribe es tierra de hombres, marqués de Ferjus. Aquí no hay sitio para un afeminado como vos. Os vais a marchar lejos. Zarpa al amanecer un barco para Francia… Iréis a vuestro castillo

de Ferjus. Si algún día os convertís en un hombre... entonces quizá podéis volver aquí, donde sólo tienen cabida los hombres. Vos sois un afeminado cobarde y si no os mato, es porque vuestra vida pertenece a medias a la que tanto queréis.

—¡Padre!

—Me avergüenzo de serlo vuestro, señor marqués de Ferjus. ¡Llamad a vuestra madre!

La horrorizada llamada de Humberto de Ferjus resultaba conmovedora. Repitió varias veces:

—Madre...

—No vendrá, porque se la han llevado... mientras vos os dedicabais al arte. Vuestro propio maestro empuñó una espada... Y vos seguíais con el “Clamor en la Noche”. Si no fuera trágico sería cómico... Fuera ruge la tormenta. ¿La oís? Eso sí que es un clamor... Quizá el canto fúnebre anunciando la muerte de la que no habéis sabido defender. Vos no tenéis derecho a invocar la palabra de madre, cuando estando presente, dejasteis que se la llevaran... No os mato, porque ella, viva o muerta, me maldeciría... Pero os iréis... hasta que algún día si os convertís en un hombre...

—¡La raptaron por tu culpa!—gritó Humberto, vuelta la cabeza en torsión forzada y sangrante la boca—. ¡Tú, el héroe de las violencias, el viril...!

El látigo restalló... implacable, una y otra vez cruzó Lezama las espaldas desnudas de su propio hijo.

Dobló Humberto la cabeza sobre el pecho y pendió desmadejado, sin sentido, surcados los hombros por estrías despellejadas.

En el umbral, una voz temblorosa sonó angustiada:

—¡Señor! ¡Detente! ¡Lo estás matando!

Soltó Lezama el látigo y volvióse inyectados los ojos en sangre hacia “Cien Chirlos”.

—¿Ella?

—Perdí la pista, señor... La tormenta... Pero tu hijo...

—¡No es mi hijo!

—Es cruel, señor, que...

Avanzó puños en alto Lezama. “Cien Chirlos inclinó la frente y aquel ademán resignado, henchido de tristeza, apaciguó la ira del que se disponía a golpear...

—Vamos.
—¿Dónde, señor?
—Ella... Tenemos que encontrarla.
—Es imposible, señor. La noche, la tormenta, los barrizales...
El Pirata Negro, por vez primera, sentíase incapaz de tomar una decisión. Salió del aposento, mientras “Cien Chirlos” desataba a Humberto, tendiéndolo en un diván.
—¡Aquí! ¡Nada tienes que hacer ahí dentro!
El lugarteniente acudió prestamente. Su desesperación corría parejas con la del que le miró con febril brillo en las pupilas:
—E1 “Jeanne d’Arc” zarpa al amanecer. Coge mil onzas y haz el equipaje del señor marqués de Ferjus. Inmediatamente. Lo llevarás a bordo y por todos los años de nuestra vida en común, te juro que si no obedeces, morirás. Que el capitán se cuide de que el afeminado sea entregado a quien le conduzca hasta su castillo de Ferjus. Aquí espero.
Cinco minutos después, “Cien Chirlos” reapareció llevando dos sacos de viaje.
—Sigue desvanecido, señor.
—Llévatelo.
—No puedes...
—Llévatelo. ¿O tendré yo que cumplir por ti?
Envuelto en larga capa, pendiente la cabeza entre los brazos de “Cien Chirlos", Humberto de Ferjus seguía inconsciente.
Detúvose unos instantes el aragonés esperando. Le miró el Pirata Negro con inexorable firmeza.
—Así te estuvieras dos horas mirándome, la orden queda dicha y nadie ni su propia madre que aquí apareciera, la revoca. Yo no quiero en mi cercanía al que no supo defender a su madre.
—No se dió cuenta... Compréndelo, señor. Por miedo no fué... que un hijo cuando...
—Cumple lo ordenado, o dejas de ser mi segundo. Mucho te he tolerado ya. Vete.
Agachada la cabeza, “Cien Chirlos” empezó a andar lentamente. Pero fué en vano su lentitud.
Al quedar solo el Pirata Negro, llevóse las manos a las sienes. Se maldecía, por no saber hallar una resolución.
Comprendía que era inútil intentar una persecución,

abandonada por el hábil rastreador que era “Cien Chirlos”.

—La noche... la tormenta... los barrizales... — murmuró, incoherentemente.

No supo el tiempo que pasó en estado de postración, incapaz de coordinar un pensamiento razonable.

Sólo oía el martillear de un nombre en su pecho y en su cerebro:

—Mireya... Mireya...

De pronto, una sombra frágil se acercó pisando leve. Levantóse demudado, manos extendidas... locamente esperanzado.

Las abatió de nuevo desesperado. Era Marisol Gorrión.

—¡Tú!... ¡Ven!—y asiéndola por una mano la arrastró hasta el salón en donde había arrojado al suelo el mensaje de Balbino Gorrión.

—Alonso me sigue, conde Ferblanc. Vine antes, porque su caballo lleva doble carga. Vuestra esposa...

—¡Mireya! ¿Dónde?

—Mirad, conde Ferblanc — y sonriente mostró Marisol el umbral por donde Mireya de Ferjus entraba.

Durante unos instantes, permaneció ella inmóvil, enlazada en férreo abrazo.

Alonso Briones empezó a hablar al alzar el Pirata Negro la vista y mirarle:

—Encontramos a Santos Paiba, el que acompañaba a Porfirio. Creyó que nos habíamos escapado. Rondaba la puerta de la cárcel. Nos explicó que Porfirio se iba llevándose a vuestra esposa. El resto... fácil os será adivinarlo. He matado a Porfirio.

—¿Por qué razón te metes tú a salvador de esposas ajenas?

—Por la misma que tú salvaste a mi prometida — y estrechó Alonso Briones la mano que le tendía el Pirata Negro.

—Mi hermano no ordenó este rapto, conde Ferblanc — intervino Marisol Gorrión— Fué Porfirio quien tomó esta iniciativa...

—Tu deudor soy, Alonso Briones. Cuanto tengo, tuyo es.

—Nada me debes, que en mi azar intervino tu generosidad. Si no nos dejas libres, ¿hubiera yo podido dar muerte a Porfirio? Y ahora, permítenos irnos.

—Cada pareja a su redil. Adiós o hasta la vista, Alonso Briones.

Por espacio de varios minutos, el Pirata Negro guardó silencio, besando con fervor de adolescente las manos y la frente de su

esposa.

—El filósofo que dijo que sólo se sabía lo que era la felicidad cuando se perdía, acertó. He sabido en esta noche, lo que era amar y lo que era dolor. Pero... estás aquí.

—¿Y Humberto? ¿Sufrió algún daño?

—Ten fortaleza, Mireya. Te parecerá cruel quizá, pero yo no puedo consentir residir bajo el mismo techo del que no supo defender a su madre estando presente. El Caribe es tierra de hombres... No hay sitio para el marqués de Ferjus aquí... hasta que no regrese como yo quiero que sea mi hijo. Escribiré a Lucientes y él, quizá, triunfe donde yo no he sabido. Pero... antes que aborrecerlo, prefiero separarlo de mi lado... y del tuyo.

La expresión de Mireya de Ferjus era de un asombro sin límites.

—No te comprendo, Carlos. ¿Qué quieres decir?

—"Cien Chirlos" ha acompañado a Humberto a bordo del "Jeanne d'Arc" que zarpa al amanecer rumbo a Francia.

—¡No es posible!

—Así ha de ser y así será.

—Pero ¿te das cuenta? ¿Pretendes que yo, yo viva lejos de mi hijo?

—Eso te pido.,

—Recapacita, Carlos. El niño...

—No es un niño... Tiene cerebro de hombre y aspecto de tal. Es un hombre.

—¡Siempre esta palabra! ¡Hombres! ¿Es que ser hombre es ahogar la sensibilidad?.. Perdona, Carlos... No peleemos por vez primera. Yo no puedo separarme de mi hijo...

—Nuestro hijo.

—Mal lo demuestras alejándolo.

—Te abandonó.

—Nada me ha pasado.

—Podía haberte sucedido lo peor.

—Siempre dices que te atienes a realidades. Aquí estoy. Y aquí hace falta nuestro hijo.

—Le azoté, y si no acude "Cien Chirlos", quizá lo hubiera...

Levantóse ella, erguida y demudada.

—¿Qué hiciste?

—No pensé pedirle a mi hijo que fuera el apoyo de mi vejez.

Pero derecho tengo a exigir que sea defensor de su madre. Es lo menos que puede exigírsele a un hombre.

—Desvarías, Carlos.

—¿Lo crees así? Es posible que el quererte demasiado, sea mi gran error.

—Sigues desvariando, Carlos. Tu amor es mi felicidad. Pero... él es parte de mi ser.

—Es irrevocable, Mireya. Le aborrecería si le viera de nuevo ahora... Él y su condenado violín.

—Voy en su busca, Carlos.

—Elije. Si entras aquí con él, vuelvo yo a lo que era.

—Has perdido el juicio, Carlos.

—Quizá. También puedes creer que es testarudez. ¡No! Yo quiero tener por hijo a un hombre. Volverá cuando lo sea.

—Me iré con él, Carlos...

—Vete.

—Eres... eres incalificable. Estemos unos instantes en silencio. Deja reposar tu mano en la mía. Callemos. Aún quedan horas hasta el amanecer. Todo pasará. Está aún reciente nuestro mutuo desespero.

—Horas, días, meses y años no alterarán mi decisión. Elige.

—Pero, ¿cómo puedes ponerme en trance semejante? Son dos amores distintos, dos amores que se funden en mi ser, pero no cabe elección. Él es mi hijo...

—Vete con él. Regresad ambos, cuando él sea un hombre. Yo no quiero tener a diario ante mis ojos a un afeminado.

—¡Tan hombre será como tú! El Caribe es tierra de hombres, ¿no? ¿Crees, acaso, que mi hijo te ha de avergonzar?

—Silencio, Mireya. Nos herimos. Me duele oírte. Sólo puedo repetirte que tu decisión no puedo discutirla, como tú tampoco debes discutir la mía. Vete con él, o quédate conmigo. Eso es todo. No pronunciemos palabras que nos hieren... Un hijo ha de unirnos, aunque ahora parezca separarnos.

—Es una elección decidida de antemano, Carlos... Tengo que marcharme con él.

Levantóse el Pirata Negro y vuelto de espaldas, murmuró:

—Adiós.

Iba ella a acercarse, cuando la contuvo él brusco ademán de él.

—Ni besos ni lágrimas, Mireya. Tu hijo te espera.

—Siempre has sido comprensivo, Carlos. Comprende ahora que tu actitud es cruel.

—Hartura tengo de la palabra. Si a ti te irrita oírme citar la palabra hombre como sinónimo de cualidades que tú, por mujer, no puedes aquilatar por entero, no hables tampoco de crueldades, que no son más que deseos de padre que aborrece encajes, violines y cobardías.

—Hay refunfuños de niño en tus palabras, Carlos. Déjame que...

—No te acerques... he dicho que ni besos ni lágrimas ni mimos. Tu hijo te espera. Adiós.

—¡Sea! ¡Tú lo has querido! ¡Adiós! ¡Nunca creí que tu amor propio venciera al amor que dices tenerme!

—Último dardo femenino. Bien sabes que mucho amor te tengo y ningún amor propio entra en juego. Sobran ya tantas palabras. Toma o daca, decimos en el Caribe.

—¡Maldito sea tu Caribe y maldita sea tu tierra de hombres!

—Bendita sea tu Francia que en ella te conocí, y maldita sea si sus hijos son como el tuyo, cobardes y deslenguados.

—Adiós... Carlos...

El Pirata Negro permaneció vuelto de espaldas, momentos que le parecieron siglos. Cuando se volvió estaba solo.

Las grises livideces del amanecer le sorprendieron hundido el rostro en los brazos cruzados, apoyados sobre una mesa.

Hacía ya unos instantes que “Cien Chirlos” había entrado.

—Hola, guapetón—y forzó Lezama una sonrisa—. Tú y yo solos, como antes, ¿recuerdas?

—Sí, señor. Tú y yo solos.

—Dime... y sin enternecernos. ¿Ella te dijo algo antes de zarpar el barco?

—Nada, señor. Me besó en ambas mejillas. El italiano subió también a bordo. Va a Francia.

—El Caribe es tierra de hombres. ¡Y cuesta mucho vanagloriarse de ello! La he perdido, “Cien Chirlos”... ¿Para qué quiero yo un hogar y un título?

—¿Desayuno, señor?

—Hay reproche en tu voz, amigo. No me gusta.

—No es reproche, señor. Pero déjame decirte que eres el conde

Ferblanc y no debes volver a ser el pirata perseguido.

—Sin ella... ¿para qué someterme a los dictados de las dos damas Justicia y Sociedad?

—El Caribe es tierra de hombres, señor. Y un hombre como tú no comete actos de desesperada rebeldía.

—También tú has variado, don Marcelo. Antes eras más fiel.

—Lo sigo siendo y más que nunca y ¡mato al que diga lo contrario! Pero, me desesperó tanto al verla, llorar...

—¿Y de él, qué?

—Le pegaste fuerte, señor. Pero quizá lo mereció. Debió dejarse de tanto violín y acudir espada en mano...

—Triste condición la humana que hasta en medio del mayor dolor, el estómago reclama la rutina diaria. Trae café... y échale veneno.

Fuese “Cien Chirlos” y volvió Lezama a abatir el rostro entre sus brazos cruzados.

Tensó los músculos de sus hombros, cuando sintió sobre sus cabellos el roer de una mano.

—Me necesitas, quizá, más que él, Carlos... Humberto partió con su maestro... Le dije que el ambiente artístico de Europa le gustará... Que iremos a verle... Se consoló... fácilmente... Demasiado fácilmente... Le brillaban los ojos al oír hablar de París, Roma, Londres... Y cuando ya faltaban pocos minutos para zarpar, decidí quedarme... Tú eres el niño, Carlos... por demasiado hombre...

Un brusco sollozo ahogóse en la garganta del Pirata Negro, cuando estrechó entre sus brazos a Mireya de Ferjus.

—No puedo mostrarte lágrimas de agradecimiento, pero perdóname cuanto dije, Mireya. He obrado como creo...

—...como crees se debe obrar en el Caribe. Y acato tu decisión. Nuestro hijo volverá algún día... He escrito a Diego Lucientes...

—Puedes, si él tardara..., ir a verle.

—Dos... tres años, no importan. Los hijos de las familias europeas, viajan a América. Nuestro hijo ha ido a Europa.

—Escribiré a Lucientes yo también. Y si veo volver a Humberto, convertido en...

—...todo un hombre, daremos por bien empleado este paréntesis en nuestra vida familiar. He decidido estar junto a ti, Carlos. ¿Sabes lo que quiero decir?

—Junto a mí.

—En tierra y en mar, en pelea y en paz. El Caribe es tierra de lucha, acción y violencia. No hay sitio en él para melodías de violines.

—Una sombra se cierne sobre nosotros, Mireya.

—No. Pero sin mi hijo, no puedo compartir. Y en tus ausencias, sola me moriría de pena y angustia. Contigo la ausencia de Humberto será más breve.

—Eso nos debe unir más, Mireya. Y empiezo a temer a la madre, porque si antes reiné en corazón de esposa, hay ahora en él, un grito herido de protesta.

—No... Herido sí queda mi corazón... pero es tuyo por entero, como mujer. Como madre... y cara a cara, ¡maldito sea el Caribe!

Carlos Lezama besó las dos manos juntas de Mireya de Ferjus.

—El retorno de Humberto, cuando hable en él mi sangre, será el violín que apaciguará la tormenta de tres sensibilidades distintas, pero que deben fundirse en una sola y se fundirán...

Próximo episodio:

TRES TROTAMUNDOS